



Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Nuestro hombre de mañana

En la CIA se ha recibido una nota dirigida a la agente Baby que dice: «ROBERT SPARROW ES UN NORTEAMERICANO QUE VIVE EN EL 2044 DE LA AVENIDA WASHINGTON, EN ATLANTIC CITY… ¿A QUE SE DEDICA ROBERT SPARROW?». Pronto descubren que el señor Sparrow es un ciudadano norteamericano normal, sin antecedentes, que tiene ya comprados pasajes para viajar a Beirut. Brigitte decide ir también ella a Beirut para averiguar qué querían decir con la nota.

Lou Carrigan

Nuestro hombre de mañana

Brigitte en acción - 232

ePub r1.1

Titivillus 30-05-2019


PROYECTO SCRIPTORIUM
Titivillus culpa est



ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

En realidad, Michael Horace Delaney demostró ser un hombre muy inteligente.

Puesto que la recepción se ofrecía en su honor, en uno de los salones de la Casa Blanca, en Washington, parecía lógico que fuese la persona más interesante y atractiva de las reunidas, el centro de toda atención… Y no era así.

El centro de toda atención era la señorita Montfort, la periodista más famosa de Estados Unidos, conocida en todo el mundo por su talento y habilidad periodística, que le había valido el premio Pulitzer tiempo atrás.

Y así las cosas, siendo él el homenajeado y no la señorita Montfort, Michael Horace Delaney podía haberse sentido realmente molesto por no ser el centro de atención de la recepción. En lugar de eso, Delaney demostró en verdad mucha inteligencia, tacto y diplomacia… Hizo lo mejor: se unió al grupo de admiradores de Brigitte Montfort, y, como los demás, escuchaba embobado, fascinado, las explicaciones de la bellísima periodista.

Explicaciones muy interesantes.

—En realidad —decía la señorita Montfort en aquel momento, sosteniendo con elegantísimo gesto su copa de champaña—, tuve suerte, como siempre. Como es natural, yo sabía que aquel bicho llamado Okiboninga no podía existir, así que me zambullí en las aguas del lago y nadé hacia él… Los demás periodistas y los nativos de Mombia, Numbina y Zongania, estaban horrorizados, al verme nadar hacia el monstruo del lago Ngar, pero resultó que el monstruo tuvo miedo de mí y se sumergió.

—¡Vamos, señorita Montfort! —rió el senador Rowles—. ¡Nos está usted tomando el pelo!

La señorita Montfort era tan bella, tan divina, que todos estaban como hipnotizados. Tenía los ojos más hermosos del mundo, de

aquel color cielo superado en belleza, grandiosos, inteligentes, diáfanos, de una pureza impresionante. Y aquellos sensacionales ojos, aquella boquita sonrosada y un poquito alzada en el centro del labio superior, aquella barbilla altiva y simpática, con el gracioso hoyuelo vertical en el centro, aquellas menudas orejitas, el cuello esbelto de bellísima línea…, estaban marcados por la negrísima cabellera suavemente ondulada, suelta. En cuanto al negro vestido escotado de la señorita Montfort, era tan elegante como siempre; hacía ya tiempo que las señoras que asistían a las recepciones a las que era invitada la señorita Montfort, habían desistido de competir con ella en belleza y elegancia.

Era tan maravillosa, que incluso resultaba fascinante cuando alzaba las cejas y abría mucho los ojos, lo cual hizo al escuchar las palabras del senador Rowles.

—¡Perdón, senador! —se sorprendió.

—No es posible que el monstruo tuviera miedo de usted… ¡Ni el monstruo ni nadie! Imposible, imposible… Caballeros, ¿no están de acuerdo conmigo?

Los demás invitados que formaban parte del grupo más numeroso de la recepción, asintieron con verdadero entusiasmo, y la señorita Montfort sonrió de aquel modo tan delicioso.

—Son ustedes muy amables… Pero déjenme terminar. Como les decía, el monstruo huyó de mí, así que supongo que especialmente para los nativos me convertí en una especie de… bruja poderosísima que…

—¡Por el amor de Dios! —gimió el general Carleton—. ¡Usted una bruja…!

—Mi general —le miró con gracioso enfado Brigitte—, si alguno de ustedes vuelve a interrumpirme, los pondré a todos en posición de firmes. Será el único modo de terminar el relato.

Carcajada colectiva. Luego, silencio expectante.

—Pues bien, conseguí lo que quería. Esto es, que Okiboninga se pusiera en contacto conmigo, pero eso fue cuando ya todo había terminado, y se había evitado la invasión de Numbina y Zongania por parte de las tropas de Mombia, dirigidas por mercenarios. Parece ser que el joven rey Niango Nongasa tenía buenos amigos que le ayudaron, y arreglaron la situación. Hubo unos cuantos muertos, pero de esos que están mejor muertos que vivos. Por

ejemplo, el ambicioso Ulango Taego, y su secretario, Umo Zotingo. Y luego, los mercenarios… Lo que sucedió con éstos fue terrible: alguien colocó una carga explosiva en el yate donde tenían su puesto de mando, y tuvieron la mala suerte de que esa carga explosiva estalló cuando todos estaban dentro del yate. Terminado todo esto, el muchacho que a los pocos días iba a ser coronado rey, me hizo llamar, y me dijo que admiraba mucho mi valor. Y como además yo le había ayudado en sus propósitos de atraer la atención del mundo hacia el lago Ngar y Llanura Otimbo, al nadar en dirección al monstruo, dijo que podía pedirle lo que quisiera. Y se lo pedí: una serie de confidencias por su parte, y que me permitiese ver de nuevo a Okiboninga…

—Usted apareció en los periódicos fotografiada con ese monstruo —rió el juez Parsons.

—Una amable deferencia de Su Majestad Niango Nongasa. Resulta que el monstruo funcionaba de un modo muy ingenioso, inventado por él, así que lo hizo de nuevo: él se convirtió en Okiboninga, y yo me fotografié junto al monstruo… Y eso es todo, señores. Si quieren más detalles, les sugiero que adquieran unos cuantos ejemplares del Morning News, mi periódico.

De nuevo rieron todos.

—Se dice —deslizó otro importantísimo personaje de los reunidos en aquel salón de la Casa Blanca— que el presidente está gestionando la concesión de otra nueva condecoración para usted, señorita Montfort.

—Todos son tan amables conmigo —sonrió angelicalmente la señorita Montfort—. Incluso el señor Delaney, que es quien realmente merece hoy todas nuestras atenciones. ¿Puedo contar con unas entrevistas en exclusiva para mi periódico, señor Delaney?

Michael Horace Delaney se turbó, un instante. Luego, sonrió.

—Naturalmente que sí, señorita Montfort.

—¿De veras? Entonces, dígame: ¿cómo se las arregla usted para solucionar todos esos peliagudos problemas internacionales?

—Oh, pues… Bien, supongo que tengo suerte…

—Santo cielo, ¡claro que no! Yo si tengo suerte, pero usted consigue esos triunfos a base de mucho pensar, de habilidad política, de inteligencia, de tacto…

—Por favor, señorita Montfort…

—¿Estoy diciendo algo que no sea cierto, señor Delaney?

—Bueno… No sé…

—Me parece que Michael Delaney se está sonrojando —dijo el general Carleton.

—Pues no tiene por qué hacerlo —dijo, muy seria, Brigitte Montfort—. Un hombre que está suavizando fricciones internacionales, algunas de ellas incluso armadas, debe sentirse satisfecho de su labor. Ustedes saben que no soy muy aficionada a las recepciones, pero, cuando supe que era en honor del señor Delaney, salí de Nueva York como un rayo. ¿Se dice así, general?

—Más o menos —asintió Carleton, con la risa en los ojos—. Pero si usted es un rayo, yo me atrevería a decir eso tan conocido de «¡que me parta un rayo!».

La carcajada fue, esta vez, de las mejores que se habían oído en la Casa Blanca. Y, por supuesto, la más deliciosa, al tomar parte en ella Brigitte Montfort. La cual, tras dejar su copa de champaña en la bandeja de uno de los camareros, se tomó del brazo de Michael Horace Delaney, y señaló uno de los sofás.

—Nos van a perdonar, caballeros, —sonrió— pero el señor Delaney ha aceptado concederme una entrevista exclusiva, y voy a aprovechar rápidamente su buen estado de ánimo… Les aseguro que no lo entretendré mucho.

Hubo protestas, desde luego, pero la señorita Montfort se alejó del brazo de Michael Horace Delaney, primer consejero político de la Casa Blanca. Se sentaron en el sofá y ella se quedó mirándole atentamente.

—Mi admiración por usted es sincera, señor Delaney —murmuró —. No se debe a cortesía, se lo aseguro.

—Gracias —murmuró Delaney.

Brigitte estuvo unos segundos mirándole de aquel modo atento, fijo, como valorándolo más allá de sus cualidades visibles o reconocidas. Delaney era un hombre alto y elegante, de unos cuarenta años, atractivo, correctísimo, de una trayectoria política en verdad impresionante.

—Un hombre que dedica su inteligencia y su tiempo a evitar conflictos entre los países, merece mi mayor consideración —murmuró también Brigitte.

—No estoy haciendo nada especial —se turbó de nuevo Delaney

—. Al fin y al cabo, soy un político, y ése es mi trabajo.

—Es un noble modo de pensar —asintió Brigitte—. Pero no todos los políticos dedican su talento a mantener la paz, precisamente. La mayoría buscan beneficios personales, o beneficios para su país, caiga quien caiga. Usted, no…

—Bien…

—Espero que no tarden en concederle el premio Nobel de la Paz, señor Delaney. Lo espero y lo deseo. Y pienso formar parte del grupo peticionario norteamericano.

—Señorita Montfort, de veras, me está usted… turbando. Preferiría que…

—¿Molesto? —Sonó una voz ante ellos.

Los dos miraron a la persona que se unía a ellos, y Brigitte sonrió amablemente, mientras Delaney se ponía en pie ante su esposa.

—De ninguna manera, señora Delaney —dijo Brigitte—. Por el contrario, en cuanto a mí se refiere, su presencia es de gran interés.

—Oh —Brenda Delaney se sentó de modo que, al hacerlo de nuevo su marido, éste quedó en el centro—. Me gustaría que me explicase esto, señorita Montfort.

—Estábamos conversando sobre la magnífica labor diplomática internacional que está desarrollando su marido… No soy dada a admirar a otras personas, pero haría cualquier cosa por alguien que lucha y trabaja por y para la paz.

—¿Cualquier cosa? —sonrió Brenda Delaney.

—Cualquier cosa —insistió Brigitte, muy seria—. Y me gustaría conocer el punto de vista de usted al respecto.

Brenda frunció un instante el ceño, quedando pensativa…, mientras Brigitte la estudiaba detenidamente. Michael Horace Delaney era un hombre de suerte en aquel sentido: su esposa no sólo era joven, bella, elegante e inteligente, sino que, según se decía, poseía casi tanto talento político como el propio Delaney, y su tacto social estaba reconocido en Washington.

—Mi punto de vista es que un político que no hace lo que está haciendo Michael, no es un político.

—¿Qué es, entonces, señora Delaney?

—Cualquier cosa, en absoluto buena, que se esconde a la espera de oportunidades bajo su manto de político. La política fue…

inventada para que las relaciones entre los pueblos fuesen buenas. Si no se consigue esto, no se hace política, sino otra cosa.

—¿Por ejemplo?

—No sé. Maniobras astutas, engaños disfrazados… Trampas y más trampas, cuyas características principales son el egoísmo y la ambición despiadada. Pero, señorita Montfort…, ¿le parece que éste es un momento adecuado para hablar de estas cosas tan seriamente?

—¿Por qué no?

—Me gustaría —sonrió la señora Delaney— presumir un poco más de mi marido, pasear con él por el salón…, charlar con todos… ¿Aceptaría usted visitarme la semana próxima, y así podríamos conversar sosegadamente sobre el tema?

—Con muchísimo gusto.

—Gracias —Brenda Delaney se puso en pie, y también lo hicieron su marido y Brigitte—. Y espero que, en justa correspondencia, me contará usted cosas de ese monstruo, del que todo el mundo habla.

—Le contaré la historia completa —sonrió Brigitte.

—Estupendo. ¿Nos disculpa?

—Por supuesto.

Los Delaney se alejaron y Brigitte se sentó de nuevo, pensativa. No había dicho ninguna mentira: ella, Brigitte Bierrenbach Montfort; alias Baby, la mejor espía del mundo, al servicio un tanto peculiar de la CIA, admiraba y respetaba a Michael Horace Delaney. Para Brigitte Montfort y para la agente Baby, la paz era sagrada. Y un hombre que como Delaney dedicaba su…

—Buenas noches.

Alzó la mirada y, entre el dorado champaña contenido en la copa que tenía ante su rostro, vio el del hombre que se lo ofrecía, de pie ante ella.

—Simón… —murmuró dulcemente.

Mister Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, miró un tanto inquieto a ambos lados. Pero no, nadie había oído a la señorita Montfort llamarle «Simón», en recuerdo de los viejos tiempos… Los viejos y peligrosos tiempos en que *mister* Cavanagh era un agente en plena actividad, que había prácticamente terminado cuando, en Buenos Aires, recibió un balazo en la cadera.

Y allí se habría quedado, a merced de sus enemigos, si una muchachita que entonces empezaba a demostrar sus pasmosas facultades de agente secreto, no le hubiese salvado, con riesgo de su vida, con una astucia y una audacia escalofriantes…

Tendió la copa a Brigitte y se sentó a su lado.

—Sabe usted muy bien —murmuró— que cada vez que me llama Simón, como a los muchachos que están en activo, me siento viejo y triste, Brigitte.

—Pues debería ser todo lo contrario —sonrió Brigitte—, porque yo sólo llamó Simón a los hombres que quiero y respeto. Y para mí, todos esos muchachos son jóvenes, hermosos y buenos…

—Vaya —sonrió Cavanagh—. Eso cambia mucho la cuestión. ¿Le ha invitado el señor presidente?

—En efecto. Presumo que quiere que le explique personalmente el asunto de Mombia, y el del monstruo del lago Ngar. Por otra parte, él debe saber muy bien que yo no rechazaría una invitación a una recepción ofrecida en honor de un hombre que lucha por la paz mundial tan magníficamente como lo está haciendo Michael Delaney.

—Sí —asintió Cavanagh—. Delaney es casi tan admirable como la agente Baby…

—Oh, vamos…

—No discutiremos sobre cuál de los dos tiene más mérito —sonrió Cavanagh de nuevo—. Recibimos una nota para usted en la Central.

—¿Otra nota? —Pareció fastidiada Brigitte.

—Otra más. Naturalmente, dirigida a Baby, no a la señorita Montfort.

—Sí, entiendo. Entonces… no es casualidad que esté usted aquí, señor.

—Fui invitado, pero supe que también lo había sido usted, y me pareció un buen momento para hablar del asunto.

—Santo cielo…, ¿qué pensarán, de mí los que me están viendo en conversación con un peligroso jefe de espías?

—Pues pensarán qué usted me está haciendo una entrevista para su periódico, tiene usted fama de no dejar escapar a nadie que pueda proporcionarle un reportaje interesante.

—Entonces, señor…, ¿usted cree que, el espionaje es

interesante?

—Depende, de quién realice los trabajos de espionaje… Ahí llega el presidente. ¿Nos veremos cuando esto termine?

—Desde luego. ¿Qué dice la nota?

Mister Cavanagh se puso en pie, tomó la manita que le tendía la señorita Montfort, y la besó. Mientras tanto, dejó en ella un pequeño trozo de papel, que Brigitte retuvo. Segundos después, aprovechando que la atención estaba centrada en el recién aparecido presidente de Estados Unidos, le echó un vistazo a la nota.

Decía:

«A LA AGENTE BABY

»ROBERT SPARROW ES UN NORTEAMERICANO QUE VIVE EN EL 2044 DE LA AVENIDA WASHINGTON, EN ATLANTIC CITY… ¿A QUE SE DEDICA ROBERT SPARROW?

Ya en el campo, a cierta distancia del resplandor que indicaba el emplazamiento de Washington capital, la señorita Montfort detuvo el coche detrás del que había estado siguiendo, se apeó, fue al otro coche y se sentó en el asiento de atrás, junto a *mister* Cavanagh. Pero en seguida se incorporó para inclinarse hacia el hombre que estaba al volante, con la cabeza vuelta hacia ella, y le besó en ambas mejillas sonriendo dulcemente.

—Hola, Simón.

—Hola —exclamó el agente de la CIA—. He traído algo para usted…

Su mano derecha apareció, con un ramo de rosas rojas, cuyo aroma ya había percibido Brigitte, apenas entrar en el coche. Sonrió, volvió a besar al joven espía, y dijo:

—¿Qué pensaría la gente de esto? ¡Un jefe de espías y un valiente agente de Acción, con el coche oliendo a rosas!

—¿Qué pensaría la gente —retrucó Simón— si supiese que la señorita Montfort, gran amiga del presidente de Estados Unidos, es una espía mortífera e implacable?

—Pensaría que soy muy mala.

—Pues la gente se equivocaría. Lo que ocurre…

—Es casi la una de la madrugada —murmuró Cavanagh.

—Es verdad —dijo Brigitte, guiñando un ojo a Simón—. Y los ancianitos tienen que acostarse temprano…

El agente de la CIA se echó a reír y Cavanagh frunció el ceño. Pero fue sólo un instante, porque en seguida sonrió… Hacía falta estar loco, o ser un perfecto estúpido, para enfadarse con la criatura más encantadora del mundo.

—No es que yo tenga sueño —dijo—. Pero quizá a usted le convenga descansar, antes de emprender el viaje.

—Oh… Bien, ¿a qué se dedica Robert Sparrow? ¿O, quizá, soy yo quien tiene que averiguarlo?

—No —movió la cabeza Cavanagh—. Cuando recibimos la nota, pensamos en llamarla, pero yo preferí realizar algunas investigaciones previas, porque estoy harto de que le tiendan trampas.

—Gracias. ¿La nota iba dirigida a mí? ¿De qué modo?

—Dentro de un sobre dirigido a la CIA, simplemente. Fue echado al correo en Atlantic City. En fin, antes de pasarle la nota a usted, me permití tomar algunas iniciativas: cuatro agentes han estado trabajando en esto, y parece que lo sabemos ya todo sobre Robert Sparrow.

—Magnífico. Y…, ¿a qué se dedica Robert Sparrow?

—A viajar. Ayer adquirió pasaje en avión para Beirut. Sale para allá pasado mañana.

—¿Para Beirut, del Líbano? ¿La capital del Líbano?

—Sí, claro.

—Es un viaje muy largo…

—Una agencia de viajes le ha conseguido el pasaje combinado: Nueva York-Londres, Londres-Istambul, Istambul-Beirut. Llegará a su destino dentro de cuatro días.

—¿No le vamos a impedir el viaje?

—¿Con qué derecho?

—Debo entender que Robert Sparrow es un ciudadano normal y corriente, honrado, con empleo, quizá con familia…

—No tiene familia. Lo demás, es exacto.

—¿Sabemos a qué va a Beirut?

—No. Pero nos preguntamos qué puede ir a hacer allí para que alguien haya considerado conveniente enviarle una nota a la agente

Baby.

—¿Quiere decir que usted consideraría acertado que yo fuese a Beirut para enterarme de las actividades de Robert Sparrow?

—He pensado que quizá le interesaría a usted.

—Oh.

—Nosotros no hemos encontrado nada especialmente interesante en la vida de Robert Sparrow. Tenemos un sobre con su historial, y varias fotografías que le hemos tomado —lo sacó de un bolsillo interior y se lo tendió a Brigitte—. Es todo lo que hemos podido saber y obtener de él. Sparrow es una persona en la que nadie se fijaría por ningún motivo, no tiene antecedentes, es vulgar en todo, jamás ha hecho nada que interese a nadie… Es el clásico hombre del traje gris, de la vida gris, del porvenir gris… No es nadie ni nada. Lo único interesante que va a suceder en su vida es, precisamente, ese viaje a Beirut. Si a usted no le interesa, por nosotros el asunto está terminado.

—¿Y si me interesara?

—Tendrá todas las facilidades para llevar el asunto a su modo, como siempre. Aunque me pregunto qué asunto puede ser ése.

—Eso es, precisamente, lo que yo me pregunto, también. Desde luego, tiene que ser algo importante…

—¿Por qué? —rechazó Cavanagh—. Puede ser una tontería…, o una trampa para Baby.

—Puede ser una trampa, desde luego, pero no una tontería. Si es una trampa, tiene sentido. Si no es una trampa para mí, tiene que ser asunto que mi desconocido informante ha considerado lo suficientemente interesante para la agente Baby. Eso podría indicar que la persona que me ha enviado la nota me conoce.

—O que quiere conocerla… para matarla —dijo Simón.

—¿Utilizando a un hombrecillo como Robert Sparrow? —Alzó las cejas Brigitte—. ¿Creen que Sparrow puede estar encargado de matarme?

—Puede ser sólo el cebo —murmuró Cavanagh.

—Mis enemigos saben muy bien que existen mejores cebos que un personaje tan gris como Sparrow. Si quieren obligarme a ir a determinado lugar, sólo tienen que matar a un Simón… Saben que si lo hacen, Baby aparecerá por allí tarde o temprano. Y teniendo tan sabrosos cebos…, ¿por qué utilizar a un Don Nadie como Robert

Sparrow?

—Es muy posible que todas esas elucubraciones mentales de usted hayan sido tenidas en cuenta por quienes están preparando la trampa… —insistió Simón.

—Sí, es posible… ¿Todos los datos de Sparrow están en este sobre?

—Cabrían en un sello de correos; no ha hecho absolutamente nada importante en su vida.

—Y ahora, estos días en que los Simones lo han estado vigilando y examinando…, ¿qué hace?

—Su vida normal.

—¿Parece nervioso o preocupado…?

—No.

—Naturalmente, no va al Líbano por asuntos de trabajo.

—No. Lo hace por su cuenta y gusto.

—¿Y nadie sabe por qué? ¿No han investigado eso?

—Nadie sabe por qué, por la sencilla razón de que Robert Sparrow no lo ha dicho a nadie. Cuando llegue el día, se irá, partirá camino de Beirut, simplemente.

Brigitte abrió el sobre, desdeñando por el momento las páginas mecanografiadas conteniendo el *curriculum vitae* de Robert Sparrow, sacó las fotografías de éste, y encendiendo la luz del interior del coche. Durante un par de minutos estuvo examinando en las fotografías el rostro, el tipo, el estilo de vestir de Sparrow, que era en todo vulgar. Debía tener treinta y cinco años, tenía buena facha, pero sus ropas eran modestas. Casi resultaba atractivo, y parecía bastante alto. Cabellos rubios, rostro correcto, ojos grandes, barbilla sólida…, pero sin destacar en nada, sin poseer ni un solo rasgo o detalle que pudiese pensar que aquel hombre tenía algo especial. Un hombre como había millones en Estados Unidos.

—El caso es —murmuró la divina espía— que en Beirut sólo he estado de paso un par de veces, y tengo entendido que es una ciudad interesante…

Capítulo II

Cuando Robert Sparrow llegó a Beirut, la señorita Montfort llevaba en ésta ciudad treinta horas de permanencia. Durante esas horas, y provista de un plano de la Ciudad, se dedicó a recorrerla en el coche que había alquilado, y llegó muy pronto a dos conclusiones.

Una: para ir en coche por Beirut era necesario tener nervios de acero y un conocimiento de la ciudad que ella no poseía. Dos: en definitiva, Beirut era una ciudad más entre las muchas que había visitado, sin nada especialmente interesante, considerando que la espía internacional conocía docenas de ciudades interesantes. Había supermercados modernísimos y zocos típicamente árabes; la ciudad vieja, y la parte moderna, con edificios muy elegantes; gente que hablaba en todos los idiomas, si bien predominaba el árabe, idioma oficial, y el inglés y el francés; mezquitas, clubs nocturnos, callejuelas, amplias avenidas,…

Y agradables hoteles, eso había qué reconocerlo. En principio estuvo tentada de instalarse en el Holliday Beach, situado a doce kilómetros de la ciudad, y verdaderamente pintoresco, pues eran apartamentos independientes, dispuestos en terrazas que descendían hacia la playa, y el tejado de cada escalón inferior era la terraza del inmediatamente superior, adornado con árboles y céspedes. Interesante…, pero poco conveniente. Luego pensó en el Vendóme, de categoría de lujo, situado en la ciudad, frente a la playa y muy cerca de los lugares más significados de diversión, pero le pareció demasiado «visible».

Finalmente, optó por el Le Beau Rivage, de primera clase A, situado sobre la magnífica Ribera libanesa, muy cerca de la playa y de la ciudad. No era el mejor, pero tenía aire acondicionado, baño, terraza, piscina, solarium… Nada impresionante para ella, que estaba allí pensando más en Robert Sparrow que en las delicias del turismo.

Finalmente, Robert Sparrow llegó al aeropuerto de Khalde, situado a cuatro kilómetros de Beirut. Llegó solo, y como equipaje llevaba una sola maleta y un pequeño maletín de viaje. No tuvo ninguna dificultad con su pasaporte, ni nadie estaba allí esperándole. Tomó un taxi, y se dirigió hacia Beirut, donde se alojó en el Atlantic Hotel, muy discreto, pero de buen aspecto. Las habitaciones parecían cajas con una pequeña terraza, colocadas una encima de la otra, y en lo alto, el gran letrero luminoso con el nombre del hotel.

Robert Sparrow llegó a este hotel a las once y veinte de la mañana, y ya no salió hasta las seis de la tarde. A esa hora, apareció, con aspecto descansado y con un traje nuevo, flamante, de color claro. Desde el hotel, se dirigió directamente, sin vacilación alguna, hacia el muelle de yates, frente al edificio del Club Náutico, que tenía delante una hermosa terraza semicircular. Y por supuesto, detrás de Robert Sparrow caminó la señorita Montfort, manteniendo la distancia y la discreción adecuadas.

Se llevó una decepción, porque Sparrow no hizo contacto alguno con nadie. No tomó taxis, no entró en ningún bar, no hizo llamadas telefónicas, no entró a comprar nada en alguna tienda… Simplemente, dio un paseo, contemplando los yates, y las pequeñas barcas colocadas en la pequeña playita de arena. Al anochecer, fue a cenar a un restaurante modesto y discreto, pero en el que se indicaba que se hablaba inglés y francés: «speak english», «on parle français».

Luego, dio otro corto paseo y hacia las diez y media de la noche, regresó al Atlantic.

Sin haberlo perdido de vista ni un segundo, Brigitte Montfort llegó tras él y se quedó mirando el rectangular edificio que parecía hecho de cajitas amontonadas, y cerca del cual había dejado por la tarde su coche, en un alarde de suerte para encontrar estacionamiento.

Se fue al coche, se sentó ante el volante y encendió un cigarrillo. Tenía apetito, pero eso podía soportarlo perfectamente. De su maletín rojo con florecillas azules sacó los pequeños gemelos de teatro y miró hacia el Atlantic, para asegurarse de que la visión sería buena desde allí.

Y se dispuso a esperar. Sin prisas, sin nerviosismo, sin

impaciencia. Sólo una cosa le preocupaba: que Sparrow recibiese a alguien en su cuarto del hotel, en cuyo, caso ella quedaría ignorante de este hecho. Y siempre, siempre, cuando alguien se dispone a hacer algo, sus contactos son muy importantes… ¿O acaso Robert Sparrow no tenía contactos en Beirut? ¿Quizá estaba allí simplemente porque había tenido el capricho de conocer Beirut, o el país entero? Muy bien, el Líbano… ¿Qué había allí? ¿Qué había allí especial? Cerros, montañas nevadas, clubs de golf, playas, restaurantes, mezquitas, mujeres con velo ante el rostro y muchachas con minifalda… ¿Qué podía haber en Beirut que no hubiese en Estados Unidos, aparte de las mujeres con velo y las mezquitas?

La pregunta era obsesionante: ¿a qué se dedica Robert Sparrow?

Sí: ¿a qué podía dedicarse Robert Sparrow, que pudiese merecer la atención de la agente Baby?

Brigitte sacó ahora la radio de su maletín, apretó el botoncito de llamada. La respuesta fue inmediata:

—¿Sí?

—Baby en Beirut —murmuró ella.

—¡Por fin…! Habíamos sido advertidos de su llegada, pero temíamos que no recurriese a nosotros. Por favor, diga que sí: ¿podemos servirla en algo?

—Sí —rió Baby—. En efecto, Simón…

—¡Estupendo! ¿Cuántos hombres necesita?

—Tranquilícese, Simón. La cosa está muy tranquila. ¿Saben de qué va el asunto?

—No, no… Solamente se nos avisó de que usted estaría en Beirut unos días, y que estuviésemos preparados en todo momento, por si llegaba a necesitarnos. ¡Estamos preparados!

—Magnífico —volvió a reír la divina—. Por el momento, me parece que sólo voy a necesitar a uno de ustedes. Hay un norteamericano en el Atlantic Hotel. Se llama Robert Sparrow, y no me interesa que él tenga siquiera noticias de mi existencia. Sin embargo, quisiera saber en qué habitación está, y encontrar un medio que me permitiese saber con seguridad si esta noche recibe a alguien en su habitación, o hace contacto con alguna persona por cualquier medio, dentro del hotel. ¿Es posible?

—¿El Atlantic? Bien, ¿puede llamarme dentro de diez minutos?

—Desde luego.

—Pues hasta entonces.

Brigitte cerró la radio, terminó de fumar el cigarrillo, miró su relojito, echó un par de vistazos con los prismáticos hacia el hotel y volvió a llamar por la radio.

—¿Es usted? —preguntó el mismo Simón.

—Sí.

—Bueno, todo arreglado: vamos a colocar a un amigo nuestro libanés en ese hotel, y él se las arreglará para mantener bajo vigilancia al tal Sparrow. No hay problemas, de veras. ¿De qué va el asunto?

—Pues no lo sé, de verdad. ¿Cuándo llegará ese amigo de ustedes al Atlantic?

—Necesitará una hora por lo menos para prepararlo todo como si fuese un viajero recién llegado de la ciudad de Zahleh, que está hacia el Este, en las montañas. ¿Cómo es Sparrow?

—¿Se imagina usted el típico norteamericano de treinta y cinco años, ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni guapo ni feo?

—Entiendo, entiendo, entiendo. ¿Quiere que pongamos otro hombre en el exterior del hotel? O dos, o tres… Los que quiera.

—No. Del exterior me encargaré yo misma. ¿Me dirán si su amigo ha localizado a Sparrow dentro del hotel, y si puede mantener la vigilancia sobre él toda la noche?

—Le informaremos de eso en cuanto sea posible.

—De acuerdo, y gracias.

Una hora y cinco minutos después, Brigitte vio llegar un coche ante el Atlantic Hotel. Del vehículo se apeó un hombre vestido a la europea, pero con un *fez* en la cabeza. Entró en el hotel y salió tres minutos más tarde acompañado de un botones, el cual se hizo cargo del equipaje, dos maletas y una cesta. Luego otro empleado del hotel se llevó el coche. Eso fue todo.

Hasta cuarenta minutos más tarde, en que la radio de la espía emitió un suave «bip-bip», la situación resultó de lo más aburrida.

—¿Sí?

—Baby, tenemos al hombre bien situado en el hotel. Sabe ya la habitación donde está Sparrow y asegura que podrá vigilarla toda la noche. Si ese tipo recibe alguna visita o sale de la habitación, Zare lo sabrá.

—¿Zare es nuestro amigo libanés?

—Sí. ¿Qué hacemos ahora?

—Nada más —rió Brigitte—. Veremos qué pasa mañana. O qué pasa esta misma noche.

Lo único digno de mención que pasó aquella noche fue que ni Zare ni Brigitte Montfort durmieron, uno vigilando el interior del hotel y la otra el exterior, desde el coche.

A las diez de la mañana, Robert Sparrow apareció en la calle, fresco y descansado, y ante el volante de su coche, Baby lo contempló hoscamente…

Bip-bip-bip-bip…

—¿Sí? —Atendió la llamada.

—Zare informa que Sparrow está saliendo del hotel. Quiere saber si lo sigue.

—No. Lo haré yo. Que Zare permanezca en el hotel y luego se dedique a lo que se dedicaría una persona llegada a Beirut anoche. ¿Me comprende, Simón?

—Claro. ¿Es todo?

—Por ahora, sí. Y soy la primera en sentirme fastidiada. Llamaré si sucede algo nuevo, Simón.

Sucedió algo nuevo.

Poco después de las once, el caminar indolente de Robert Sparrow se trocó en otro, más decidido. Parecía entonces la persona que se dirige a determinado lugar para llegar allá en determinado momento, consultando su reloj como si temiera no llegar a tiempo.

A pie tras él, la señorita Montfort contuvo un suspiro de satisfacción.

—Por fin —pensó—. Vamos a ver qué haces…

Decepción y sorpresa a la vez. Robert Sparrow entró en una oficina de turismo, la Orientours. Y Brigitte tuvo que hacer un esfuerzo para no entrar tras él; como suele decirse, los pies se le iban solos hacia la oficina de turismo, y llamó por radio una vez más. Simón contestó inmediatamente y Brigitte le informó de la actividad de Robert Sparrow, indicándole la dirección de la oficina de Orientours.

—Por favor, diga que sí —pidió Simón—. ¿Quiere que me entere de lo que ha hecho ese tipo ahí dentro?

—Necesito que se entere —asintió Brigitte—. Pero tenga

cuidado, Simón.

—Descuide. Oiga…, ¿de verdad que ese Sparrow no ha tenido nada que ver nunca con el espionaje?

—Segurísimo. Fue debidamente rastreado en Estados Unidos, por nuestros compañeros de allá: desde que nació hasta que tomó el avión hacia Europa.

—Bien… Es de esperar que no estemos perdiendo el tiempo. Y digo esto porque cuando la CIA la moviliza a usted no es para perder el tiempo.

—Lo estamos perdiendo ahora —musitó Brigitte—. Acaba de salir Sparrow. Voy tras él.

Cerró la radio, salió a la calle, y de nuevo se dedicó a seguir al norteamericano. Éste regresó al hotel a la hora del almuerzo, es decir, prácticamente directo desde la Orientours. Y una vez más, Baby se instaló en su coche.

Una hora más tarde, sonó la radio de bolsillo.

—¿Sí?

—Soy yo —sonó la voz de Simón—. Tengo la información: Sparrow ha adquirido pasaje para un vuelo de las diez de esta noche, con destino a Roma. Línea Air France, vuelo 74.

—¿Llegó ayer por la mañana y ya quiere marcharse esta noche? —se sorprendió Brigitte.

—Eso parece. Es muy extraño, en quien ha hecho un viaje tan largo para llegar a Beirut, ¿no le parece?

—Llame a Zare al hotel y pregúntele…

—Él me ha llamado a mí. Es decir, a la… oficina: Robert Sparrow está almorzando en el hotel, eso es todo.

—Está bien. ¿Puede ponerse en contacto con Roma-Simón?

—Puedo hacerlo utilizando diversos enlaces, desde luego. Y no me lo diga: tengo qué enviar un mensaje allá, ordenando que cuando Sparrow llegue a Fiumicino le estén esperando y le vigilen. ¿*Okay*?

—*Okay*. Me imagino que Zare se lo ha descrito con toda exactitud.

—Sí, pero no hacía falta, después de lo que usted me dijo. De todos modos, será fácil poder enviar una descripción detallada a los chicos de Roma. Por cierto, ¿saldrá usted hacia Roma?

—En cuanto me sea posible… Pero no en el vuelo de Sparrow.

—Eso indica que tiene confianza en sus Simones. Lo comunicaré así a Roma…, y gracias en nombre de todos. Ah, le sugiero que no pierda el tiempo, si quiere conseguir pasaje en avión para Roma… Los vuelos diurnos están más solicitados que los nocturnos, y podría encontrarse con la desagradable sorpresa de tener que esperar algunos días.

—Está bien. Gracias por todo, Simón.

—¿No vamos a vernos? —se lamentó el agente de la CIA.

—Lo siento, pero parece que es innecesario.

—Entiendo. Bien… Pero, al menos, me llamará para decirme cuándo sale de Beirut, ¿no?

—Lo haré. Adiós, Simón.

—Adiós…

Brigitte guardó la radio, y luego quedó pensativa. Finalmente, tomó una decisión un tanto arriesgada: dejar que Robert Sparrow continuase almorzando en el hotel, posiblemente luego durmiese una siesta mientras ella iba a su hotel, en busca de su pasaporte, para ir a adquirir un pasaje para Roma, en el primer vuelo del día siguiente.

Decidió dejar allí el coche y utilizar un taxi. A las tres y cuarto de la tarde, en otro taxi, estaba de nuevo allí, delante del Atlantic, todo solucionado: tenía pasaje para Roma en un vuelo de las ocho y media de la mañana siguiente.

Hacia las seis de la tarde, cuando comenzaba a impacientarse y a temer que Sparrow hubiese salido del hotel, mientras ella se dedicaba a adquirir el pasaje en avión, el norteamericano apareció en la calle acompañado de un botones que llevaba su equipaje. Delante del hotel había un taxi esperando y Brigitte contempló, asombrada, cómo el equipaje de Sparrow era cargado en él. ¿Eso era todo? ¿Sparrow había llegado a Beirut, había paseado, y a las seis ya marchaba hacia el aeropuerto…, donde tendría que esperar casi cuatro horas a que despegase su avión?

Pero, en pocos segundos, la maniobra quedó explicada: Sparrow entregó unos billetes al taxista que, segundos después, se alejaba del hotel con el equipaje, pero sin el pasajero.

—Envía su equipaje al aeropuerto y él se queda. Todavía va a pasear más por Beirut… Y yo no entiendo nada. De todos modos, es de esperar que, en estas horas que le quedan de permanencia en la

ciudad, haga algo.

Robert Sparrow se estaba alejando ya del hotel, calle abajo. Brigitte tomó su maletín, salió del coche, lo cerró y se fue una vez más en pos de su anodino compatriota. Finalmente, según parecía, Robert Sparrow iba a efectuar algún contacto, o a hacer algo…

—De lo contrario —reflexionó de nuevo Brigitte— todo esto no tendría el menor sentido. ¿O quizá hay algo en el equipaje? Han podido colocar algo en su maleta, mientras él paseaba. Y todavía peor: quizá esa maleta no esté camino del aeropuerto… He debido recurrir a la ayuda directa de los Simones de Beirut…

Pero ya, fuese lo que fuese, la cosa no tenía remedio. Lo único que podía hacer era seguir a Sparrow. Despacio, sin prisas, el misterioso norteamericano se fue encaminando hacia la parte vieja de la ciudad, y, finalmente, se introdujo en los zocos cubiertos, deteniéndose a contemplar los objetos típicos que se vendían en los tenderetes de toldos de colores. Brigitte le vio comprar una tabaquera, luego una pequeña flauta, después unas babuchas de finísimas piel de color amarillento… Todo ello iba pasando a los bolsillos de Robert Sparrow, que parecía el hombre más desocupado del mundo.

Y finalmente, cerca de las siete y media, sucedió algo verdaderamente increíble: Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más peligrosa y eficaz del mundo, perdió a su perseguido.

Durante un par de segundos, la propia Baby quedó estupefacta, sin poder creerlo, mientras miraba vivamente a todos lados, casi desesperada. Cuando se convenció de que, en efecto, Robert Sparrow había desaparecido de su vista, palideció. Apartando con descortesía no habitual en ella, a las personas que se oponían a su paso, corrió hacia el lugar dónde había visto por última vez a Sparrow, junto a aquel tenderete de toldo listado rojo y negro. Y entonces, por detrás mismo del tenderete, vio la estrechísima callejuela retorcida.

Mortificada como pocas veces lo había estado en su vida de espía, Baby se introdujo sin vacilar en la callejuela, donde ya no servía de nada la escasa luz del día que quedaba. Allí era prácticamente de noche, hasta el punto de que en tres sitios habían encendido otras tantas bombillas, sucísimas, que daban un ambiente siniestro, lleno de sombras.

Pero aún más que la desaparición de Robert Sparrow, a la agente Baby le preocupaba la idea de que Sparrow se hubiese dado cuenta de que ella le seguía Esto podía ser terrible, no sólo porque se le hubiese escapado al darse cuenta, sino por el hecho de que un hombre que jamás había tenido actividades de espionaje hubiera sido capaz de darse cuenta de que le seguía… ni más ni menos que la agente Baby.

De pronto, en el callejón aparecieron dos árabes, muy envueltos en sus chilabas, con las capuchas colocadas de tal modo que era imposible verles el rostro. La callejuela era tan estrecha que los dos hombres la ocupaban por completo. Uno de ellos alzó la cabeza y Brigitte vio por un instante el relumbrar de sus dientes. El árabe tendía la mano, con gesto peticionario, y murmuraba algo en su idioma. Brigitte volvió la cabeza y vio otro árabe caminando tras ella, acercándose también con la mano extendida.

Comprendió en el acto de que aquellos tres hombres eran unos granujas, que quizá decidiesen… utilizar físicamente a la hermosa mujer blanca y quitarle el dinero. Pero, desde luego, no tenían nada que ver con Sparrow. Simplemente, eran unos ladrones y unos canallitas. Podían hacer todo el daño que quisieran, y luego jamás serían encontrados.

El malhumor de Baby lo pagaron aquellos tres sujetos, aquellas ratas de callejones para turistas. Fue visto y no visto… La espía esperó a que el que llegaba por detrás estuviese a la distancia adecuada, y entonces le lanzó una patada de karate hacia atrás, que acertó al hombre justamente entre las ingles; la espía oyó el gemido del hombre, supo que había acertado y se despreocupó de él. Acto seguido, su mano derecha salió disparada hacia delante, y la punta de los rígidos dedos, como una lanza, se hundió en la garganta del sonriente árabe, que cayó hacia atrás fulminado. El tercero había ya alzado vivamente la cabeza y la espía vio la sorpresa y la alarma en sus ojos.

El árabe que quedaba en pie sacó un cuchillo, pero lanzó un ahogado gemido cuando la «víctima» del callejón, veloz como una serpiente, asió su muñeca derecha, con la suya izquierda, muy cerca de la mano, y la forzó hacia el exterior de tal modo que el hombre tuvo que desplazarse para evitar la rotura de la articulación; desplazarse y arrodillarse, siguiendo la torsión… Y entonces recibió

en plena frente un rodillazo que lo tiró de espaldas, sin sentido.

Todo en silencio, sin alboroto, como si la cosa no tuviera la menor importancia.

Luego, Brigitte pasó por encima de los árabes y siguió en pos de Robert Sparrow. Es decir… siguió caminando lo más deprisa que pudo, hasta llegar al otro extremo de la sucia y pestilente calleja…, que daba a una placita rectangular, pero tan diminuta que podía ser recorrida con una docena de pasos. Y a aquella placita desembocaban cinco o seis callejuelas parecidas a la que acababa de recorrer. Había niños jugando en el suelo, sentados sobre sus propios orines. A la derecha, una freiduría que apestaba a pescado, y delante de la cual varios hombres se habían quedado mudos de asombro, contemplando a la bellísima mujer blanca que tenía las agallas de aparecer sola por allí.

La espía internacional decidió no complicarse la vida: dio media vuelta, regresó por la calleja, pasando por encima de los todavía desvanecidos granujillas, llegó al zoco cubierto, donde todo seguía igual.

Y por supuesto, sin rastro de Robert Sparrow…

—¿Francesa? ¿Francesa? —Apareció el sonriente comerciante ante ella, mirándola con ojos de fuego y mostrándole una pieza de tela en verdad muy bonita—. Señorita, observe esta seda. A precio único en todo el zoco…

Brigitte lo apartó y se alejó. Minutos después salía del zoco, y se quedaba en el borde de una acera, desconcertada, y sobre todo irritada… consigo misma, desde luego. Lo cierto era que perder a una persona en el zoco era más fácil que mover un párpado, pero… ¡ocurrirle a ella, a Baby! ¡Santo cielo!

Un par de minutos más tarde, encontraba un portal desde el cual podía llamar a Simón, utilizando la radio sin ser vista.

—¿Sí? —Oyó la voz del espía.

—Soy yo —murmuró…

—Baby… ¿Le ha ocurrido algo? ¿Está bien?

—He perdido a Sparrow.

Quizá transcurrieron tres segundos antes de que se volviese a oír la voz de Simón-Beirut:

—¿Lo ha… perdido?

—¡Sí, sí, sí, se me ha escapado, lo he perdido de vista en ese

maldito zoco!

—Cálmese. En ese zoco puede usted perder de vista hasta a un elefante.

—No estaba siguiendo a un elefante, sino a un hombre. ¡Y lo he perdido de vista!

—Vamos, no sea tan exigente consigo misma —dijo Simón con tono amable, afectuoso—. Ya le digo que en ese lugar, cualquiera puede tener un contratiempo parecido. ¿Quiere usted que busquemos a Sparrow por Beirut?

—¿Pueden encontrarlo? —exclamó Brigitte.

—No. Pero eso la consolará a usted un poco y, al menos, la tranquilizará.

—Oh… Bueno, entiendo; buscar a Sparrow en Beirut es perder el tiempo, ¿no es así?

—Me temo que sí. Pero algo habrá que hacer. De todos modos, disponemos de muy poco tiempo, pues se supone que a las diez Sparrow tomará su avión a Roma. Eso nos deja un margen de apenas dos horas para localizarle.

—Lo cual es imposible, ¿verdad?

—Me temo que sí, sinceramente. ¿Cree usted que él se dio cuenta de que la estaba siguiendo?

—No debería haberse dado cuenta. Y menos él, que no es de la profesión. Por Dios… ¿dónde puede estar ahora ese hombre, qué ha venido a hacer en Beirut? Quizá ni siquiera tome ese avión a Roma…

—Cabe en lo posible.

—Pero ya envió su equipaje hacia el aeropuerto… Es decir, supongo que lo envió al aeropuerto, pero pudo enviarlo a cualquier otro lugar.

—Le diré lo que a mi juicio es lo más conveniente que podemos hacer: yo ordenaré la búsqueda de Robert Sparrow, y me reuniré con usted dentro de media hora en el aeropuerto. Si Sparrow no aparece a tomar el avión de Roma, nos dedicaremos a buscarlo en serio, sabiendo seguro que se ha quedado aquí y, por tanto, disponiendo de más tiempo. Y si Sparrow aparece en el aeropuerto, tome usted la decisión que prefiera. ¿Qué le parece?

Brigitte suspiró profundamente.

—Le espero dentro de media hora en el aeropuerto, Simón…

Capítulo III

—La tarea más fácil que puede emprender un hombre es localizar a la mujer más hermosa del mundo.

Brigitte estaba ya mirando al hombre que se había acercado a la mesita que ella había ocupado en el bar del aeropuerto. Simón era de mediana estatura, moreno, de ojos oscuros, y, ciertamente, no era en absoluto parecido a Sparrow, es decir, que nadie lo clasificaría como norteamericano, ni siquiera forzando mucho la imaginación.

—Siéntese, Simón —murmuró.

—Gracias —el agente de la CIA ocupó una silla al otro lado de la mesita, sin dejar de mirarla atentamente—. ¿Se ha dado cuenta de que todo el mundo la está mirando?

—Me tiene sin cuidado.

—Sí… —sonrió el espía—. Supongo que está acostumbrada. Me parece que no es necesario qué me extienda en elogios sobre su belleza, ¿verdad?

—No —Brigitte consiguió una sonrisa amable, por fin—. Pero se lo agradezco de todos modos, Simón. ¿Cómo ha dejado las cosas en Beirut?

—He puesto a trabajar a todos los hombres de que podía disponer. En primer lugar, están rastrillando el zoco: si Sparrow desapareció allí, quizá consigan alguna pista.

—Conseguí el pasaje para Roma —murmuró Baby—, pero no pienso abandonar Beirut hasta que hayamos encontrado a Sparrow.

—Eso puede ser mucho tiempo… O toda la vida. Por que hay una probabilidad de la que quisiera informarla: ese zoco puede resultar peligroso para una persona que se adentre sola en él…

—Lo sé. Tres mendigos me salieron al paso en una calleja. Bueno, ya conoce a esa clase de gente: aparecen muy humildes, implorantes, y, si se descuida, le cosen a uno a puñaladas y le roban

hasta los ojos.

—En su caso —sonrió forzadamente Simón—, ése sería un robo justificado.

—Gracias —rió Brigitte—. ¿Cree que a Sparrow pudo ocurrirle algo parecido…, y que tuvo menos suerte que yo? ¿Cree que él quiso pasear por allí, simplemente, y que lo asaltaron para robarle, le mataron…?

—Podría ser. Pero, considerando las circunstancias, debemos pensar que no. Cualquier cosa que le haya ocurrido a Sparrow, debía estar prevista, preparada. Porque supongo que usted está tan convencida como yo de que Sparrow no ha venido a Beirut a pasear para luego tomar un avión a Roma.

—Claro que no. Bien…, tendremos que esperar.

—¿Me permite invitarla mientras tanto a champaña… con guindas?

—No todo ha de ser malo —hizo Baby un gesto simpático, alzando los hombros—. Aunque no creo que el champaña nos consuele del hecho de haber perdido a Sparrow: él no aparecerá por aquí. Sería absurdo.

—Desde luego. Pero… ¿qué perdemos esperando, y bebiendo champaña?

Los dos se equivocaron.

El champaña resultó muy agradable, pues estaba lo bastante frío. En cambio, no había guindas. Cómo compensación a esto, Robert Sparrow apareció a las nueve y media en el aeropuerto, directo hacia el mostrador de la Air France para requerir su talón de embarque…

Para entonces, Baby y Simón estaban sentados en las butacas del vestíbulo, y, al verlo, la divina espía quedó tan estupefacta que Simón comprendió. Siguió la dirección de la mirada de ella, vio al hombre que caminaba hacia el mostrador de la Air France, y, tras parpadear, musitó:

—¿Es él?

—Sí.

—Ha estado dos horas fuera de control —susurró Simón—. ¿Le parece que vayamos a preguntarle a qué se ha dedicado?

Brigitte no contestó. Estuvo mirando fijamente en todo momento a Sparrow que, tras conseguir su talón de embarque, fue a sentarse

en una butaca y encendió un cigarrillo.

—No —movió, por fin, la cabeza Brigitte—. Sea lo que sea lo que haya hecho, creo que tendrá que comunicarlo a alguien en Roma. Y si detenemos a Sparrow ahora, cosa que por otra parte sería no poco complicada, quizá nunca sepamos quién le está esperando en Roma.

—Pero él sí lo sabe.

—Quizá no.

Simón reflexionó, unos segundos antes de asentir, admitiendo que Baby podía tener razón.

—Entonces… ¿le vamos a dejar marchar?

—Si nuestros compañeros de Roma han sido avisados, sí.

—Están avisados…

—Entonces, sólo nos resta desearle un feliz viaje a nuestro compatriota Robert Sparrow.

A la hora fijada, el norteamericano Robert Sparrow tomó su vuelo nocturno a Roma, simplemente.

Y, mientras contemplaban el despegue del avión, Brigitte comentó:

—No se dio cuenta de que yo le estaba siguiendo… Sencillamente, él fue a lo suyo, y yo fui tan tonta de perderlo de vista… Cosa que no volverá a suceder.

—La pregunta es: ¿qué ha hecho Sparrow durante esas dos horas?

—Espero que lo sabremos pronto. De momento, ese hombre ha comenzado a interesarme muchísimo, Simón.

—La verdad es que a mí también. ¿Quiere que la lleve a Beirut en mi coche?

—Oh, sí, estupendo… Iré a recoger el mío, lo devolveré y mañana por la mañana partiré hacia Roma. Vámonos.

A las diez y media, la señorita Montfort llegaba al lugar donde había dejado su coche, cerca del hotel Atlantic. Allí se despidió de Simón besándole en ambas mejillas, y fue hacia su coche. Poco después llegaba al Le Beau Rivage, donde, tras cancelar el alquiler del coche, pagó su cuenta hasta la mañana siguiente, y pidió que a las ocho la esperase un taxi para llevarla al aeropuerto.

A las once y cuarto, Brigitte Montfort se acostaba en su lujosa *suite* del Le Beau Rivage. Hasta las once y media estuvo haciendo

cábalas sobre Robert Sparrow y su extraño viaje. Luego, sin haber encontrado ninguna explicación satisfactoria, apagó la luz, cerró los ojos y tres segundos más tarde estaba dormida.

Bip-bip-bip-bip-bip-bip…

La luz del dormitorio se encendió, y Brigitte dirigió la mano hacia la radio de bolsillo, depositada sobre la mesita de noche, al mismo tiempo que miraba la hora en su relojito de pulsera: las cuatro y cuarenta y dos minutos de la madrugada.

—¿Sí? —musitó.

—Soy yo —oyó la voz de Simón—. Sé lo que ha estado haciendo Robert Sparrow en Beirut.

La divina espía se sentó de un salto en la cama.

—¿Qué ha hecho? —exclamó, con voz contenida.

—Ha llevado a cabo un atentado a mano armada contra un diplomático francés.

Brigitte tuvo la impresión de que acababa de recibir un mazazo en la cabeza.

—¿Qué? —exclamó de nuevo.

—El diplomático se llama Raymond Delacroix, y había sido enviado a Beirut para sostener una entrevista privada con altos políticos del Gobierno libanés.

—Por el amor de Dios… ¿Ha muerto ese diplomático?

—No, no. Parece ser que sólo le alcanzó una de las balas en un costado. Está en una clínica privada ahora, y, al parecer, su vida no corre peligro. Ese diplomático, Delacroix, había venido a Beirut para iniciar los acuerdos entre Francia y Líbano. Acuerdos privados, al margen de otros intereses europeos o americanos, según se dice.

—¿Quién lo dice? —Palideció. Brigitte.

—¿Me permite que le explique las cosas a mi manera?

—Naturalmente, Simón.

—Bien… Cuando regresamos usted y yo del aeropuerto, me fui directo a la «oficina», para desde allí ordenar el cese de la búsqueda de Sparrow, como es lógico… Y encontré aquello convertido en un jaula de locos: se había llevado a cabo un atentado contra un diplomático francés, y, naturalmente, la CIA tenía que obtener información al respecto. Así pues, olvidándome de Sparrow, y por supuesto sin querer molestarla a usted con otras cuestiones, inicié la dirección de las investigaciones en torno a ese «otro» asunto…

—Que ha resultado ser el mismo asunto.

—Eso parece. Como es lógico, utilicé todos mis contactos habituales de mayor importancia, y, poco a poco, me fui enterando de lo que había sucedido: un hombre había atentado contra la vida del diplomático francés Raymond Delacroix, en el palacete de un diplomático libanés, donde, aprovechando una pequeña fiesta privada, se había iniciado el contacto diplomático entre Delacroix y ciertos elementos libaneses. Sucedió en el jardín… El hombre apareció, de pronto, entre los arbustos de flores, y disparó tres veces contra Delacroix…

—¿Seguro que fue contra Delacroix? ¿No pudo ser contra uno de los libaneses?

—No parece probable. Los que le vieron aseguran que su mirada estaba fija en Raymond Delacroix.

—Sí, comprendo… ¿Y ese hombre… era Robert Sparrow?

—Sí. La sorpresa y el miedo que causaron sus disparos impidió que alguien reaccionase a tiempo de impedirle la fuga. Por eso pudo alcanzar el avión…, y en estos momentos ya debe estar en Roma.

—Pero… ¿cómo podemos estar seguros de que era Sparrow el hombre del atentado?

—Le tomaron una fotografía.

—Le tomaron… ¿qué? —Se pasmó Brigitte.

—Una fotografía. Cuando escapaba, uno de los fotógrafos de la Prensa invitada por los diplomáticos libaneses, le tomó una fotografía… Sparrow disparó contra el fotógrafo, pero no le alcanzó, seguramente cegado por el resplandor del *flash*. Hasta que la fotografía ha aparecido en el periódico no he podido saber que se trataba de Robert Sparrow.

—¿Ha sido publicada esa fotografía? —susurró Brigitte.

—Estoy en los talleres del periódico, y tengo en mis manos uno de los primeros ejemplares. Naturalmente, he estado esperando la impresión, y… Bueno, el hombre de la fotografía, el que disparó contra Raymond Delacroix, diplomático francés, y contra el fotógrafo libanés, es Robert Sparrow. Sin la menor duda. Cuando salga usted a la calle, puede comprar cualquier periódico matinal, y verá que no hay error posible.

—Eso significa que podrán rastrear e identificar a Robert Sparrow.

—Es de temer que así sea. La fotografía será vista por mucha gente, como es lógico, y alguna de las personas que han tratado con Sparrow lo recordará: los del hotel, algún turista, un empleado del aeropuerto… Mucho me temo que la policía libanesa no tardará más de media docena de horas en saber quién es el hombre que anoche disparó contra el diplomático francés. No olvidemos que Sparrow estaba inscrito con toda naturalidad en su hotel, con su nombre auténtico.

Luego están las listas de pasajeros del vuelo en el que llegó a Beirut, las listas del vuelo en el que marchó… Y todos esos detalles: llegó procedente de Estados Unidos, permaneció en Beirut poco más de treinta horas, y partió hacia Roma…

—Si ese diplomático francés estaba en Beirut para iniciar negociaciones entre Líbano y Francia privadamente, la intervención de un norteamericano, atentando contra la vida de Delacroix, va a resultar digna de estudio, ¿verdad?

—En cuanto se sepa que el autor del atentado es norteamericano, el nombre de la CIA saldrá a relucir, en efecto —asintió Simón.

—Es decir, que acusarán a la CIA del atentado…

—Parece inevitable. Pero nosotros sabemos que Sparrow no es de la CIA…

—¿Usted lo sabe? Quiero decir: ¿está seguro? —murmuró Brigitte.

Simón tardó cinco o seis segundos en murmurar a su vez:

—¿Qué está tratando de decirme?

—Ni yo misma lo sé… No entiendo nada de nada. Pero, Simón, le voy a dar una orden: usted, los demás Simones, y todos nuestros colaboradores de todo Líbano, permanezcan completamente al margen de este asunto. Y digo completamente al margen. Si es necesario, incluso abandonen Líbano.

—Pero…

—Firmado: Baby —cortó ella, secamente.

—Está bien… Orden recibida. ¿Qué va hacer usted?

—¿Yo? Bueno, no tengo por qué exceptuarme de mi propia orden: voy a abandonar el Líbano a toda prisa. Tan deprisa como pueda llevarme el avión en el cual tengo pasaje… Y espero que no ocurra nada que me impida llegar a Roma.

Nada ocurrió.

La señorita Brigitte Montfort, norteamericana, procedente de Beirut, llegó a Fiumicino sin el menor contratiempo. Hora local: alrededor de las once de la mañana.

Y apenas diez minutos más tarde, la señorita Montfort aparecía en los vestíbulos, cargada con su maleta y su maletín rojo con florecillas azules. Con una amable sonrisa, rechazó los servicios de un mozo del aeropuerto, y, caminando sin perder la gracia a pesar del estorbo de la maleta, salió del enorme edificio…

—Perdón —apareció el hombre rubio ante ella, mirándola muy fijamente—. ¿Llega usted de Beirut vía Washington?

—Ese sería un modo extrañó de viajar, ¿no le parece? —sonrió ella—. Sin embargo, así es. ¿Quién es usted, señor?

El hombre sonrió anchamente.

—Como estamos en Italia, podría llamarme don Simone.

—Pero usted está hablando en inglés.

—Entonces llámeme simplemente Simón. ¿Me permite su maleta?

Brigitte dejó la maleta en el suelo, besó a Simón en ambas mejillas, y de pronto, frunció el ceño.

—¿Y cómo sabía usted qué yo iba a llegar a Italia precisamente hoy y a estas horas?

—Un caballero de Beirut llamó a Roma, diciendo que Beirut quedaba abandonada por orden de Baby, la cual salía a tal hora de allá. Ultimo servicio prestado, hasta nuevo aviso, por Simón-Beirut. ¿Tiene usted más besos?

—Pues sí —rió Baby—. Pero… ¿dos no son suficientes?

—Oh, no lo digo por mí, sino por mi compañero que nos está esperando en el coche. Si no le besa también a él, adquirirá usted mala fama.

—¿Por qué? —se sorprendió la divina espía.

—Porque se diría de usted que tiene favoritismos con sus Simones… cosa que no ha sucedido hasta la fecha.

—De acuerdo —rió ella—. ¡Reservaré dos besos para nuestro compañero Simón! Es lo justo.

Llegaron al coche en tres minutos. El agente de la CIA, que esperaba al volante, salió rápidamente, y se quedó pasmado mirando a Baby, que llegó ante él, le besó en ambas mejillas, y dijo:

—No es bueno fomentar la envidia entre compañeros. ¿Qué tal, Simón?

—Pu… pues… divinamente… ¡Divinamente!

—Me alegro —volvió a reír la divina—. Y supongo que no van a enturbiar mi alegría diciéndome que no han podido mantener bajo control a Robert Sparrow.

—No, no… Está perfectamente controlado, desde luego.

—Menos mal. Y… ¿a qué se dedica?

—Nosotros no lo sabemos. Es de suponer que se lo dirán con toda exactitud nuestros compañeros que se desplazaron a Portofino.

—¿Portofino? ¿Quiere decir que Sparrow no está en Roma, sino en Portofino, cerca de Génova?

—Pues sí… Llegó a Fiumicino, se fue directo a un coche que sin duda tenía dispuesto en el estacionamiento, y partió hacia Portofino.

—Pero… hay doscientas cincuenta millas de Roma a Portofino… Unos cuatrocientos kilómetros. ¿Los hizo de un tirón, apenas llegar aquí?

—Sí. Nuestros dos compañeros, que le han seguido por separado, en dos coches diferentes, han llamado hacia las ocho de la mañana, diciendo que Robert Sparrow se había detenido en Portofino… ¿Por qué lo estamos, vigilando?

Brigitte entró en el coche, y los dos agentes de la CIA se miraron e hicieron lo mismo, tras dejar la maleta de ella en el asiento contiguo al del conductor. El cual puso el coche en marcha, mirando por el espejo retrovisor a la pensativa espía internacional.

De pronto, ella preguntó:

—Llegaremos a Portofino más rápidamente tomando la autopista, del interior que por la costa, ¿verdad?

—Sí, seguro.

—Pues hágalo.

—¿Quiere decir que nos vamos los tres a Portofino, ahora, directamente?

—¿Tiene alguna otra cosa que hacer? —sonrió ella.

—Pues no… Precisamente hace días que vengo pensando lo bien que se debe estar tomando el sol en una playa.

—Eres un iluso —dijo el otro Simón.

—¿Quién sabe? —rió Brigitte—. A lo mejor, realmente,

disponemos de tiempo para tomar el sol y nadar un poco en las transparentes aguas de Portofino. A fin de cuentas, nosotros, los espías, nos merecemos lo mejor.

—*Ecco*! —exclamaron a la vez los dos Simones.

El viaje terminó hacia las seis de la tarde. Un viaje que Simón I y Simón II no olvidarían mientras viviesen, pues, por primera vez desde que trabajaban para la CIA, habían tenido una compensación digna de tal nombre: disfrutar, durante aquellas horas, de la encantadora compañía de la agente, Baby.

Sin duda alguna: inolvidable.

Capítulo IV

Era una criatura inolvidable.

Robert Sparrow la veía por segunda vez desde que había llegado a Portofino, tres días antes. Como la vez anterior, llegó a la playa hacia las once de la mañana, plantó en la arena su pequeña sombrilla de colores, y colocó sus cosas a la sombra, mientras ella se tendía al sol, en bikini, después de quitarse el cortísimo albornoz azul.

Naturalmente, había muchas chicas preciosas en la playa, pero Robert Sparrow estaba convencidísimo de que aquélla era la más hermosa de todas. Alta, de cuerpo bellísimo apenas cubierto por las dos diminutas piezas del bikini; ojos grandes, de un fascinante color verde; boquita sonrosada, cabellos largos y rubios… Rubios como los mismísimos rayos del sol estival. Y tenía una piel extraordinaria, como si fuese de oro y seda, dorada de un modo como Sparrow jamás había visto en persona alguna.

Y lo más extraordinario de todo era que aquel monumento de mujer estaba sola. Llegaba allí, se quitaba el albornoz, dejaba éste y su cestita de paja a la sombra del pequeño parasol, y se tumbaba en la arena, a tomar el sol como si no tuviese nada más que hacer en la vida. De vez en cuando, se metía en el agua, y nadaba un poco… Nadaba tan bien, con tal naturalidad y gracia, tan suavemente, que Robert Sparrow la contemplaba boquiabierto. En realidad, cada gesto, cada movimiento de la bellísima rubia, eran fascinantes. Por ejemplo: antes de meterse en el agua recogía sus largos cabellos rubios en un moño en lo alto de la cabeza, en una operación de apenas diez segundos, y que Sparrow estaba seguro a otra mujer le habría llevado no menos de tres minutos.

Pero no recogía el cabello para no mojárselo, no. Debía hacerlo para que no le molestase al nadar, pues se zambullía después con total indiferencia hacia la mojadura. Luego, cuando volvía junto a

su sombrilla, lo soltaba, lo peinaba rápidamente con un gran peine de carey y se tendía a tomar el sol de nuevo…

Y precisamente, la bellísima rubia estaba peinando sus largos cabellos chorreantes cuando sucedió el incidente.

Tres muchachos se acercaron a la rubia, lentamente, mirándola y sonriendo, y cambiando miradas malintencionadas entre sí. En cualquier playa del mundo, se pueden encontrar muchachos como aquéllos: altos, guapos, de buena musculatura, bronceados, fanfarrones, de mirada descarada que trataba de ser simpática. El clásico conquistador de playa, que está convencido de que tiene «encantos» más que suficientes para rendir la virtud de cualquier dama solitaria.

Se detuvieron delante de ella y uno de ellos, el que debía ser el «guapo» más «guapo» de los tres, dijo algo, en italiano, mirándola. La rubia lo miró, miró a los otros dos y sonrió, muy amable. Amable y nada más; Sparrow se dio perfecta cuenta de esto.

Pero los tres «guapos» debieron interpretarlo de otro modo, porque se acercaron más y uno de ellos se acuclilló junto a la rubia, siempre hablando en italiano. Sparrow la vio sonreír de nuevo, pero no tan espontáneamente como antes, sino expectante, vigilante más bien.

El «guapo» dijo algo más y la rubia movió negativamente la cabeza. Él se sentó junto a ella, que se quedo mirándolo fijamente, ya seria. Los otros dos se sentaron también, delante de la rubia, que los miró, cada vez más seria. Le estaban hablando, pero ella no contestaba. O no entendía el italiano, o no quería entenderlo. Terminó de peinarse, colocó el peine en la cestita y con deliberada ignorancia de la presencia de los tres muchachos, se tendió una vez más al sol y cerró los ojos. Los tres «guapos» se miraron. Luego, uno de ellos deslizó un dedo por el vientre de la rubia, llegó hasta la pieza superior del «bikini» y la alzó un poco, riendo.

Fue como si la rubia recibiese una descarga eléctrica: se sentó velozmente, dirigió una fría mirada al muchacho y dijo unas palabras que llegaron nítidamente a oídos de Sparrow, y con acento que éste no podía confundir con ningún otro del mundo:

—*Don't disturb, please… Please!*

El «guapo» más «guapo» de los tres «guapos» se echó a reír y comenzó a hablar en pésimo inglés. No en el inconfundible inglés

americano de la rubia, sino en un inglés chapurreado, aprendido seguramente de turistas más asequibles. Señaló hacia el bonito balneario.

—*Drinking, drinking* —invitó—. *Come you with me to drink? Yes? After we go toswing…*

—No —movió ella la cabeza negativamente—. *No thank you.*

—*But we are…*

Robert Sparrow frunció el ceño, se puso en pie y fue hacia el grupo. Captó perfectamente la mirada de esperanza que le dirigió la rubia, y, ciertamente, no la iba a decepcionar.

—Buenos días, señorita Smith —saludó—. ¿Me recuerda? Estamos en el mismo hotel; nos hemos visto un par de veces…

—Oh, sí —notó el alivio en la mirada de ella—. Por supuesto que sí, señor Forbes. ¿Todavía duran sus vacaciones?

Los tres «guapos» estaban mirando fijamente a Sparrow, que se limitó a mirarlos con fría inexpresividad. Sonrieron a la vez, se pusieron en pie con fanfarrona exhibición de musculatura, y dijeron algunas palabras que Sparrow no entendió en absoluto. Pero había varias personas por allí, mirándolos con evidente disgusto, y los tres «guapos» reaccionaron como Sparrow había esperado, esto es, emprendieron una retirada que trataron de aparentar benevolente e irónica, pero, por supuesto, chasqueados, y decepcionados, pese a sus risas burlonas.

—Se lo agradezco mucho, señor —le miró amablemente la rubia; y sonrió de pronto, de tal modo que Sparrow tuvo la impresión de que las rodillas se le iban a doblar de un momento a otro— pero, ciertamente, mi apellido no es Smith.

—Lo supongo —sonrió también Sparrow—. Tampoco el mío es Forbes.

Se echaron a reír los dos, mirándose. Sparrow era, en aquel momento, un hombre con la mente en blanco. No sabía nada, no recordaba nada, nada en el mundo le importaba…, excepto aquella muchacha de ojos verdes y piel de seda y oro.

Señaló la arena junto a ella.

—¿Quizá yo también le molestaré si me siento a su lado?

—Oh, no… Por favor, claro que no, señor…

—Sparrow —se sentó junto a ella—. Robert Sparrow. Y, por supuesto, tan norteamericano como usted, señorita…

—Lili Connors —volvió a reír ella—. ¡Y naturalmente que he notado que es usted norteamericano! Por fortuna para mí.

—Estos muchachos guapos de playa están en todas partes. Y cuando ven una mujer sola, creen que les está esperando a ellos. Si no resultase tan irritante, casi sería divertido.

—Son unos pobres tontos inofensivos —encogió los hombros Lili Connors—, pero, desde luego, muy molestos…

—Esperó no resultarle molesto yo también.

—No, no, de veras.

—Quiero decir que si está esperando a alguien…

—No —ella le miró un poco recelosa—. No estoy esperando a nadie, señor Sparrow. A nadie. Viajo sola por mi gusto… Si quisiera compañía, la tendría.

—Bien…

—Pero no se lo tomé de un modo directamente alusivo —alzó ella las cejas—. Por otra parte, no veo inconveniente alguno en que dos compatriotas cambien impresiones, en un país desconocido.

—Estaba empezando a temer que en verdad molestaba. La vi ayer aquí, en este mismo sitio.

—Yo también me acuerdo de usted. ¿Está de vacaciones?

—Sí, sí…

—¿Y también viaja solo?

—En efecto.

Lili Connors aprobó con un gesto.

—Es el mejor modo de viajar: sólo hay que ocuparse de uno mismo y hacer lo que nos venga en gana. Los viajes en familia resultan pesadísimos.

—¿Tiene usted familia? Niños, quiero decir…

Lili Connors se quedó mirándole con simpática malicia.

—¿A usted qué le parece?

—Bueno… No sé… Yo diría que no, pero no se me ocurre por qué una mujer no podría tener hijos, y al mismo tiempo ser tan joven y tan bonita.

—Es usted muy amable —rió Lili—. Pero, ciertamente, no tengo hijos. Sin embargo, una vez, una bruja me aseguró que tendría nada menos que cuatro.

—¿Una bruja? —se sorprendió, Sparrow—. ¡Caramba! Bueno, no sé si me gustaría tener tratos con brujas, señorita Connors.

—¡Santo cielo, a mí no me gustaría de ninguna manera! —Se sobresaltó ella—. Pero eso sucedió durante el rodaje de una película…

—¿Es usted actriz? —Se pasmó Sparrow.

—En efecto. Y en cuanto a la bruja, pues… era una negra enorme, que formaba parte del reparto. El director de la película se empeñó en que para el papel había de contratar a una negra del Caribe, ya sabe… De esas que dicen que hacen vudú y cosas así. Enviaron a un empleado de la productora a una isla del Caribe y allá encontraron a una mujer a la que el papel le venía que ni pintado… Luego, resultó que en verdad ella era una practicante del vudú. ¿Quizá ha visto usted mi película «Negros presagios de muerte»?

—Pues no… Me temo que no.

—Me temo que no se ha perdido gran cosa —frunció el ceño la bellísima Lili—. Cuando vi las pruebas finales, quedé tan disgustada que decidí tomarme unas largas vacaciones. Ya me siento fastidiada de esos papeles.

—¿Qué papeles?

—De chica estupenda, que lo pasa muy mal en situaciones horrendas, con gente horrenda, que la… Bueno, que la maltratan… ¿Comprende?

—Sí, creo que sí —murmuró Sparrow.

—Hay ocasiones en que preferiría no ser tan… llamativa. El primer productor que me contrató me dijo que más adelante me daría otras oportunidades, pero que, de momento, lo único que tenía para mí era un papel ridiculamente *sexy*… Naturalmente, tenía que desnudarme.

—¿Y… lo hizo usted?

Lili Connors miró con amable curiosidad a Robert Sparrow.

—Naturalmente —sonrió—. ¿Qué tiene de malo?

—No sé. Supongo que nada, claro.

—A fin de cuentas —ella se señaló las dos piezas de su «bikini»—, con estos pedacitos de tela, el efecto es casi el mismo… Con un poco de imaginación, usted mismo ni siquiera necesita ver «La muchacha del apartamento C», para hacerse una idea de cómo soy desnuda. ¿Me equivoco?

—Pues, no… No, claro… —farfulló Sparrow.

—Pero, ¿sabe qué pasa? Pues que porque una se quita la ropa delante de las cámaras, hay quien se cree que se la puede quitar también en otros momentos en que no está actuando… Esto provoca casi siempre situaciones enojosas, porque no es verla desnuda lo único que quieren… ¿Me comprende usted?

—Sí, sí, claro.

—Bueno —sonrió ella, de pronto—. Supongo que ya me conoce bien ahora, señor Sparrow. ¿Y usted? ¿A qué se dedica?

—¿Yo?

—Sí —le miró ella, sorprendida—. Supongo que se dedica usted a algo.

—Claro… Pero temo que mi profesión no es tan interesante tomo la suya.

—Nunca se sabe. ¿Qué trabajo es el suyo?

—Técnico en una compañía telefónica.

—Oh… ¡Oh, bueno, estoy segura de que eso también debe tener su interés, señor Sparrow!

—Yo no lo creo así.

—De todos modos —reflexionó Lili—, lo importante es tener algo a qué dedicarnos. A menos que uno sea millonario… ¿Es usted millonario, señor Sparrow?

—¡Desde luego que no! —rió él—. ¡Ojalá!

—Sí, claro… A todo el mundo le gusta tener dinero y me pregunto por qué.

—Es una pregunta interesantísima —volvió a reír Sparrow—. Pero en cuanto a mí se refiere, podría darle mil explicaciones sobre por qué me gustaría tener mucho dinero.

—¿Por ejemplo…?

—Quizá empezaría por invitarla a usted a cenar en algún sitio que fuese de su agrado, y donde hubiese platos exquisitos, que actualmente sería muy oneroso para mí ofrecerle.

—Señor Sparrow —le miró seriamente Lili Connors—, usted me está ofendiendo.

—¿Qué? —Palideció él—. ¿La estoy…? Perdone, pe…, pero…

—Sí, señor. Con sus palabras indica bien claramente que me considera una chica que sólo admite el lujo, lo más caro, lo más selecto. Algo así como una egoísta aprovechada.

—Señorita Connors… No, no, perdone, yo: no…

—Y le aseguro que está equivocado.
—No he querido decir…
—Muy equivocado. Por ejemplo, ¿cuál diría usted que es uno de mis platos favoritos?
—Pu… pues… no sé… Pero yo no…
—Un par de hermosos tomates crudos abiertos por el centro con un poco de sal, y acompañados de un bistec de carne asada… ¿Le parece eso una extravagancia cara?
—No… ¡Claro que no!
—Pues ya ve usted. En ocasiones, me han ofrecido manjares exquisitos, en un ambiente de lo más fantástico y refinado, creyendo que me complacían enormemente, y no era así. Pero, claro, no iba a decirles que prefería un par de tomates con un trozo de carne asada.
—Sí… Habría sido… sorprendente.
—En cuanto al menú que le he explicado, está al alcance de cualquier economía, ¿no está de acuerdo?
Robert Sparrow parpadeó, como fascinado por aquellos hermosísimos ojos verdes.
—Parece como si usted estuviese… pidiéndome que la invitase a cenar.
—¡Señor Sparrow! Yo no tengo necesidad de pedirle eso a ningún hombre. Son ellos quienes me invitan a mí… y yo quien rechaza la invitación casi siempre. ¿Y sabe por qué?
—¿Por qué?
—Porque siempre vienen en busca de algo, y porque siempre piensan que lo van a conseguir, ofreciéndome cosas caras. Eso, a mi modo de ver, les quita mucha simpatía, les proporciona un algo de… desagradable. Es como si estuviesen comprando algo. En cambio, los más sencillos, más naturales… En general, resultan tan hombres como usted, me resultan más simpáticos; son simpáticos que tienen más probabilidades que los otros de ser admitidos. ¿Me comprende?
—Señorita Connors —tragó saliva—, ¿aceptaría usted cenar esta noche conmigo? Dos tomates crudos con carne asada.
—Santo cielo —susurró la señorita Connors—. ¡Jamás he podido resistirme a un banquete semejante!
—Estupendo —Sparrow no salía de su asombro—. ¿A qué hora

quiere que la pase a buscar a su hotel?

—Oh, no estoy en un hotel, sino en una pequeña, vieja y pintoresca casa alquilada, casi metida en el mar… Me la consiguió en secreto mi representante. —Lili le miró, de pronto, sobresaltada—. ¿No será usted un periodista que…?

—No, no —rió Sparrow—. Le aseguro que no.

—Me fastidiaría un horror que me localizasen. Desde luego, no soy una Liz Taylor, pero los periodistas sienten interés por todo. En cuanto a pasar a buscarme, creo que será mejor que yo fuese a su hotel: será menos complicado. ¿En qué hotel está?

—Albergo Corleone. Está en…

—Oh, pero si lo sé… Desde aquí mismo se ve. —Lili se volvió hacia el pintoresco paseo ante la playa, y señaló—. Es aquél. Muy bonito. ¿Le parece que pase a buscarlo a las siete?

—Sí… Sí, estupendo. Y… Bien, ¿qué hacemos hasta entonces?

—Ah, respecto a eso, yo ya tengo mi tiempo distribuido.

—¿De qué modo?

—Dentro de un par de minutos, tomar otro baño. Luego, almorzar, y estar aquí tomando el sol hasta las… tres y media o las cuatro. Después de esto, iré a mi casa, me ducharé; y saldré a comprar algunas cosas… ¡Me encanta comprar! Y no se ofrezca a acompañarme, porque se moriría usted del aburrimiento.

—Bien, pero… quizá hasta el momento de salir de compras podríamos estar juntos, ¿no le parece?

—Usted, señor Sparrow, es un hombre de grandes ideas —le sonrió Lili Connors, mirándole con fijeza—. Seguramente, las horas junto a usted pasarán sin sentir…

Capítulo V

Eran casi las dos de la madrugada cuando el coche se detuvo en el extremo de una callecita muy cercana al mar, que subía en pendiente bastante pronunciada.

—Final del trayecto —rió Lili Connors—. El coche no puede subir por ahí, Bobbie.

Robert Sparrow apagó el motor y, en la semioscuridad del interior del coche se quedó mirando a la bellísima rubia, cuyos ojos relucían como dos auténticas estrellas. De alguna parte, muy lejana, según le parecía a Sparrow, llegaba el sonido de una guitarra, a intervalos.

—¿Vamos a despedirnos aquí, Lili? —susurró.

—Ha sido un día muy simpático —susurró también ella—. Y la cena, realmente exquisita.

—¿Todavía la recuerdas? Hace de eso muchas horas.

—Oh, sí… Bueno, lo recuerdo todo, querido… ¿Sabes lo que más me conmueve, cuando viajo por el extranjero?

—¿Qué?

—El esfuerzo de los nativos por proporcionarnos, con la mayor exactitud, la imagen típica que se tiene de ellos. Cantan, tocan la, guitarra, te miran con ojos ardientes, fríen sardinas… Y te ofrecen sus canciones, sus vinos, sus sonrisas… Es conmovedor, sí. Una vez, en Grecia…

—Lili.

—¿Sí?

Se quedaron mirándose. Sparrow adelantó las manos y las colocó sobre los hombros desnudos de Lili Connors, que estaban frescos y finos, como si fuesen realmente de seda. Él intentó bajar los delgados tirantes del vestido, pero ella se lo impidió.

—Por favor, Bob… —Se tensó su voz.

Sparrow la atrajo hacia sí, y con su boca buscó la de ella. Lili

apartó el rostro, y los labios del hombre, ardientes, se posaron en un lado del cuello, como una auténtica brasa. Lili Connors emitió un gemido y se apartó.

—Lo siento —murmuró Sparrow, con voz ronca.

—No… No es eso. Es que… aquí no quisiera… Tengo en la casa un par de botellas de champaña, Bob… Si quieres, puedes subir… a tomar la última copa.

Robert Sparrow suspiró profundamente. Luego, salió del coche, lo rodeó y fue a abrir la portezuela del lado de Lili. Ella salió, baja la cabeza, y emprendió la subida por la callecita empinada. Sparrow ni siquiera se molestó en cerrar el coche. Se fue tras ella, oliendo ahora con intensidad el mar, oyendo mejor el sonido de la guitarra… En la callecita solamente estaban ellos dos. Había pocas luces.

El hombre del atentado en Beirut sentía como si se ahogase, como si toda la sangre de su cuerpo se estuviese acumulando en la garganta. Por delante de él, el esbelto y magnífico cuerpo de Lili parecía deslizarse más que caminar. La alcanzó y le pasó un brazo por los hombros. Ella le rodeó la cintura con un brazo y se apoyó en él. Dentro de Robert Sparrow comenzó a sonar la sangre. Sí, sonaba, como si cada latido fuese un cañonazo.

Llegaron ante la puerta de la casita y ella la abrió. Se apartó.

—Por favor —tembló su voz—, no enciendas la luz… Luz, no.

—No —jadeó Sparrow—. No, no…

Entraron los dos. Ella cruzó la puerta. De momento, Sparrow no vio nada, pero la oyó, y siguió la dirección de sus pasos, distinguiendo su silueta. Oyó el descorrerse de unas cortinas y la luz del exterior, de lejanas estrellas y de las callecitas, la recortó. Él se acercó, pero ella siguió adelante. Se encontraron en una pequeña terraza, llena de flores, encima mismo del mar. Abajo se oía el rumor del agua. Y seguía oyéndose la triste canción de amor italiana…

—Iré…, iré a buscar el champaña —susurró ella.

Robert Sparrow se sentó en una de las extensibles de lona que había en la terracita. Le temblaban las piernas. Volvió a aspirar profundamente. Bien… ¿por qué no? Había hecho su parte del trabajo y luego vendrían momentos malos, los momentos difíciles. Así que ahora tenía derecho a disfrutar de la vida… ¿Cuándo podría

volver a hacerlo? Después de lo de Beirut, tendría que pagar oficialmente las consecuencias, claro…

Lili apareció en la puerta. Sparrow vio el brillo de las dos copas, de la botella, pero, sobre todo, de los ojos de ella. Y acto seguido, se dio cuenta de que Lili se había quitado el vestido y que llevaba solamente dos diminutas prendas íntimas.

—¿Quieres descorchar tú la botella? —Oyó su voz, como lejana.

La botella, estaba muy fría. Sparrow la tomó, haciendo lo posible por contener el temblor de sus manos. Ella se había sentado delante de él y sostenía las copas. Cuando el champaña brotó, emitió una risita ahogada, que a Sparrow le pareció emocionada, tensa. El champaña cayó en las dos copas. Sparrow dejó la botella en el suelo y tomó una…

—Por nosotros —pudo decir.

—Por una noche en Portofino —susurró ella.

A Sparrow le cayó parte del champaña en el pecho. Estaba frío, sí…, por suerte. En cambio, su piel ardía. Cuando ella apartó la copa de sus labios, dijo:

—Qué agradablemente frío está… ¡Y esta noche hace tanto calor! ¿Me pones un poco más, por favor?

Sparrow le sirvió más champaña, y se sirvió a sí mismo. Sí, estaba frío, delicioso…

—¿Qué marca es? —se sorprendió a sí mismo preguntando.

—«Perignon 55». Francés… Me lo consiguieron unos amigos de Roma. Creo que es carísimo.

—Seguramente, yo no podría pagarlo —murmuró él.

—Oh, no seas tonto —ella se incorporó y fue a sentarse en sus rodillas—. ¿Qué importa eso ahora?

Robert Sparrow pasó una mano hacia la espalda de ella, encontró el cierre del sujetador y lo soltó. Lili respingó un poquito y eso fue todo. Luego, permaneció inmóvil mientras él retiraba la prenda, pasándola por un brazo, y luego por el otro… Cuando notó en su carne los labios de él, fríos de champaña, se estremeció.

—Lili… Lili…

—Vamos adentro —jadeó ella—. Vamos adentro, Bob…

Se puso, en pie y Sparrow fue tras ella a toda prisa, como ciego, torpe, volviendo a notar dentro de su pecho aquellos cañonazos. Entraron en un pequeño cuarto en el que, por el resplandor, de las

estrellas en la ventana llena de flores, se veía la blancura de las sábanas de la cama. Sparrow pasó una mano por la finísima cintura femenina…

—Espera —susurró ella—. Traeré más champaña.

—Luego —dijo agudamente Sparrow—. Luego, Lili.

—Vuelvo en seguida.

Le quitó la copa de la mano y salió. Sparrow se sentó en el borde de la cama. Cuando ella regresó, pudo verla con una perfección inaudita, increíble. Posiblemente estaba loco, pero aquélla era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida.

—Quizá nos emborrachemos —rió ella—. Pero eso no importaría, querido mío…

Sparrow tomó la copa y bebió. De un trago. Al demonio el champaña, había que terminarlo cuanto antes. Dejó la copa no supo dónde, y ahora con los dos brazos rodeó la cintura femenina, que era a la vez elástica y tierna, fuerte y tan suave como lo más suave que Robert Sparrow pudiese recordar. Mucho más suave que lo más suave del mundo.

En el fondo de la mente de Sparrow todavía había un pensamiento:

«Sólo soy un pobre diablo:… ¿Es realidad esta última parte de mi vida? Beirut, Portofino, Lili…».

—Robert, ¿quién eres? —le sorprendió la pregunta.

—¿Qué? —Jadeó.

—No puedes ser un hombre… corriente. Oh, no, por Dios, no es posible… Yo nunca me he entregado a hombres corrientes… Tienes que ser… especial. Pero en algo que no puedo definir… ¿Qué eres, querido mío? ¿Adónde vas, de dónde vienes, a qué te dedicas?

—No hablemos ahora… No hablemos ahora, Lili…

—¿Por qué todos tenéis siempre tanta prisa antes… y luego parecéis aburridos? —se lamentó ella—. Quiero saber con quién voy a estar esta vez. Por favor, necesito saberlo.

—No soy nadie, no soy nada…

—Pero eres norteamericano y estás en Italia… ¿Porqué?

—Por nada importante… Sólo estoy aquí… porque debo estar aquí…

—¿Esperas a alguien? ¿Esperas algo?

—Sí…, sí, claro… Lili, vamos a…

—¿A quién esperas?

—No lo sé. Espero a dos hombres, pero son ellos quienes me conocen a mí, no yo a ellos.

—Oh… Pero… ¿qué relación tienes con ellos? ¿Qué es lo que os ocupa?

—No lo sé… ¡De verdad que no lo sé! Yo sólo sé lo que tengo que hacer. Nada más.

—¿Y qué tienes que hacer tú?

—Nada… ¡Nada!

Lili retiró sus brazos del cuello de Sparrow y le tomó de una mano.

—Ven… Ven conmigo al reino de la dulzura… Ven, querido, y cuéntamelo todo, todo, todo…

Sparrow no opuso resistencia en absoluto. Se encontró tendido en la cama, con aquel cuerpo enloquecedor de mujer, pegado al suyo. Deslizó las manos por aquel cuerpo de seda, de oro…

—Cuéntamelo todo —insistió ella—. ¡Oh, por favor, cuéntamelo todo pronto! ¿Qué haces tú y por qué?

—Yo sólo hago… lo que… lo que… tengo… que hacer…

—¿Y, qué es ello?

—Yo sólo…

Un fuerte suspiro brotó del pecho de Robert Sparrow. Luego, durante casi, un minuto, el silencio fue completo. Ninguno de los dos se movía, tendidos en la cama. Por fin se movió Lili Connors, apartando a Sparrow.

Segundos después se oía su voz en la oscuridad.

—¿Simón?

—Sí… ¿Está usted bien? —Sonó la otra vez, metálica y lejana.

—Por supuesto. Pero me he precipitado un poco en administrar el narcótico a Sparrow: se ha dormido antes de poder sonsacarle lo que nos interesa. Estaba hablando y, de pronto, se ha quedado dormido como un niño. ¿Han podido entrar en su habitación del Corleone?

—Sí. No hay nada ahí, Baby. Nada en absoluto, que pueda proporcionarnos información o explicaciones. Desde luego, por nosotros ya puede dejarle volver al hotel. No vale la pena, registrar más, se lo aseguro. Está alojado con su nombre verdadero, es un norteamericano de vacaciones, eso es todo. ¿Usted no ha

conseguido hacerle decir nada sobre esto?

—No. Ya le he dicho que me precipité al darle el narcótico. Pero, además, tengo la seguridad de que, realmente, él no sabe nada de nada. Simplemente, ha hecho algo que alguien le ha ordenado. Espera a dos hombres, pero no sabe quiénes son. No conoce a nadie, no sabe nada.

—Mala suerte. Después de toda la comedia de los muchachos de la playa…

—¿Han regresado ya a Lido di Ostia?

—Sí, sí. Se reían cuando les pagué. Para ellos, claro, yo soy un amigo del tipo de la playa, que por mi mediación los había contratado para hacer contacto con la bella rubia… Se han divertido mucho, de veras. ¿Qué haremos ahora?

—No sé. Cuando Sparrow despierte, le convenceré de que ha pasado entre nosotros lo que él quería posiblemente, eso le mantendrá unido a mí. Cuando vengan a buscarle yo estaré con él.

—Eso puede ser muy peligroso…

—Si quisiera un trabajo tranquilo, me dedicaría a vender flores…, por ejemplo. Por otra parte, ¿qué otra cosa podemos hacer, sino seguir la jugada de este modo?

—Estoy seguro de que usted sabe lo que hace —admitió Simón —. Pero, dígame: ¿qué hacemos nosotros?

—Lo mismo que hasta ahora: esperar. Yo seguiré el juego con Sparrow. Por Dios… Es un pobre hombre, un infeliz… No entiendo esto. ¿Qué noticias se tienen sobre el atentado de Beirut?

—El diplomático francés está completamente fuera de peligro. Pero ahora hay otro peligro: como ya sabemos, Robert Sparrow fue identificado y, según las últimas noticias que recibí cuando llamé a Roma a las diez, está surgiendo entre Estados Unidos, Francia y Líbano una… pequeña complicación… que se va hinchando como un globo. La cosa, fatalmente, se pondrá muy agria, pues Francia está acusando a Estados Unidos de haber interferido, con intenciones de asesinato, en las relaciones privadas entre Líbano y Francia. Francamente, la cosa se está poniendo muy tirante, muy, muy fea. Hasta el punto de que en Washington están pensando en enviar a Beirut al primer consejero político de la Casa Blanca.

—¿A Michael Horace Delaney? —exclamó Brigitte Montfort—. ¡Oh, eso sería estupendo, Simón! Le aseguro que si Delaney

interviene en el asunto, lo arreglará, al menos en cuanto a su parte concierna. Pero nosotros debemos seguir buscando la verdad de este desconcertante caso.

—Está bien. ¿Conoce usted a Delaney? Personalmente, quiero decir.

—Sí, sí. Hace unos días asistí a una recepción dada en su honor por el presidente. Es un hombre… tan reposado y amable. Desde luego, si le encargan a él de suavizar este asunto, podemos estar tranquilos. Por nada del mundo me hará desistir de seguir adelante con el caso Sparrow.

—En el fondo, casi me parece todo muy divertido. Adivine quién está buscando a Sparrow.

—¿Quién?

—La CIA.

—¡Simón, le advertí bien claramente…!

—Descuide, descuide: en estos momentos, los cuatro Simones que estamos con usted en Portofino es como si no existiéramos. Pero nuestro compañero de Roma me ha advertido. Está desconcertado, y casi asustado… No entiende que la CIA esté buscando a Robert Sparrow, y que nosotros, que lo tenemos al alcance de la mano, estemos ocultando esta información a la propia CIA. Y, por supuesto, si en esto no estuviese interviniendo usted, Simón de Roma habría pasado ya el informe…

—Quiero que quede esto bien claro, una vez más, Simón: en estos momentos la CIA y nosotros somos grupos aparte, ajenos unos a otros. ¿La CIA está buscando a Sparrow? Muy bien: que lo busquen. Nosotros seguiremos con nuestro trabajo. ¿Está claro? ¿De verdad?

—Que sí —rió Simón—. Por curiosidad: ¿qué ha pasado… exactamente entre usted y Sparrow?

—Pues —Lili Connors emitió también una risita— que me ha quitado los sujetadores, me ha tendido en la cama… y se ha quedado dormido.

—¿Sin más?

—Sin más —volvió a reír Lili—. Pero cuando despierte le haré creer que es un hombre maravilloso.

—Demonios… Es usted cruel y despiadada, Baby.

—Sin duda. Pero él se sentirá muy feliz…, espero.

—¿Eres feliz, querido? —susurró Lili colgándose del cuello de Robert Sparrow.

—Muy feliz —sonrió él como desorientado—. Pero... Bueno, la verdad es que no recuerdo...

—Yo sí —sonrió ella maliciosamente—. ¡Fue tan maravilloso, Bobbie!

—Si tanto te gustó, podríamos repetir ahora la experiencia —sugirió Sparrow sonriendo muy ufano.

—No, no. Ahora, no... Pronto amanecerá y yo preferiría qué te marchases. Estabas tan dormido, que he tenido que vestirte y no sabes cuánto me ha costado despertarte...

—No estoy acostumbrado a champaña del caro, según parece.

Lili Connors se echó a reír. Luego, besó a Sparrow en los labios, brevemente, y esquivando su abrazo cuando él quiso alargar la situación, señaló hacia la puerta del dormitorio.

—¡Tienes que marcharte ahora mismo!

—Pero si aún estoy casi dormido... Me has despertado, me he encontrado vestido... y tengo que irme. ¿Por qué no puedo quedarme contigo unas horas más?

—No... No, querido, por favor... Nos veremos al mediodía en la playa, pero ahora vete. No quisiera parecerte tonta, pero prefiero que no te vean salir de esta casa...

—Está bien... Pero esta noche no beberé champaña.

Consiguió alcanzar el desnudo cuerpo que le rehuía, y lo acarició, mientras intentaba una vez más besar aquella boca sonrosada, que debía ser tan tierna, tan dulce...

—Bob —susurró ella, volviendo el rostro—; lo estás... estropeando todo. Por favor, ahora vete.

—De acuerdo —se resignó Sparrow—. Hasta luego, en la playa.

Salieron juntos del dormitorio. Ella abrió la puerta de la casita y se asomó, sólo la cabeza. Luego le hizo señas de que saliera y, al pasar, Sparrow deslizó una mano por los senos, sonriendo. Ella rió dulcemente, le empujó y cerró la puerta. Se quedó apoyada en la madera, mirando hacia la terraza llena de flores, donde comenzaba a verse un ligero resplandor. Tan ligero que, simplemente, era un poco menos oscuro que la noche. Nada más.

Frunció el ceño, Brigitte pasó las manos por sus senos, por su desnudo cuerpo.

—Creo que me voy a duchar —se dijo—. Siento asco de…

Sonó la llamada a la puerta, y un gesto de contrariedad apareció en el bello rostro de la rubia Lili Connors. Pero en seguida forzó una sonrisa, se volvió y abrió la puerta.

—¿Has olvidado…? —empezó a preguntar.

La puerta fue empujada violentamente, golpeó en su frente y la derribó de espaldas en el centro del pequeño recibidor-comedor. Fue un golpe fuerte, que la aturdió por unos tres o cuatro segundos, mientras caía al suelo, se sentaba, sacudía la cabeza… Oyó el chasquido de la puerta al ser cerrada y acto seguido tuvo que cerrar con fuerza los ojos, para protegerlos de la luz, que había sido encendida.

—Yo me encargo de esta zorra —oyó la voz de hombre, en italiano—. Tú echa un vistazo por ahí, Domenico.

Lili Connors oyó los pasos de un hombre hacia el dormitorio y comenzó a abrir los ojos, parpadeando deslumbrada. Por fin, pudo mirar al hombre que tenía ante ella, de pie delante de la puerta, mirándola fijamente… y con una pistola con silenciador en la mano, apuntándola al pecho.

—¿Qué…, qué hacen ustedes, qué quieren…? —comenzó a tartamudear.

—Cierra esa puerca boca, zorra.

—¡Usted no tiene derecho…!

—Si no te callas, te voy a dejar sin dientes de una patada.

Lili miró la pistola que el hombre tenía en la mano, parpadeó como muy asustada, se encogió… Dentro del dormitorio oía los pasos del otro, del llamado Domenico.

—No tengo nada —tartamudeó—. Si han venido a robar…

El hombre de la pistola le dirigió una mirada llena de desdén que la sorprendió. Un desdén frío, un desprecio sin límites. Pero, al mismo tiempo, había en los ojos de aquel hombre un destello de inteligente vigilancia, de cálculo, de reflexión…, como si la estuviese estudiando bajo diversas facetas. Y parecía estar capacitado para ello, parecía inteligente, penetrante, capaz de comprenderlo todo.

No. No era un vulgar aventurero, ni mucho menos. No es de esos que, por cualquier motivo, sacan la pistola, dispuestos a todo. Se le, veía seguro de sí, elegante, sobrio, inteligente… y mirándola como

si ella fuese realmente un montón de basura… que tuviera que ser analizada meticulosamente.

Oyó los pasos del otro, saliendo del dormitorio, pero no volvió la cabeza. Su mirada estaba fija en el que tenía delante, tratando de clasificarlo, de analizarlo, de llegar a una conclusión sobre él. Lo que no podía dudarse es que era un hombre con clase, con estilo. De ninguna manera podía ser confundido con un desdichado que…

Los pasos se detuvieron tras ella, muy cerca de su espalda.

Entonces, Lili quiso volver la cabeza, aunque sin intentar levantarse, permaneciendo sentada en el suelo, desnuda ante los dos hombres.

Para entonces, ya era tarde.

Recibió tal puntapié en la espalda, a la altura de los riñones, que no necesitó más. Fue espantoso. Palideció, se sintió inundada de frío y de angustia. La cabeza le dio vueltas… y de pronto todo quedó negro.

Domenico bajó el pie con el que se disponía a golpear de nuevo, al ver cómo se desplomaba hacia atrás, sin conocimiento. Luego, alzó el objeto que había encontrado en el dormitorio, mostrándolo a su compañero.

—¿Qué es esto? —preguntó éste.

—Una radio de transistores.

—¿Y qué pasa con ella?

—Dentro hay una radio más pequeña. Uno de esos transmisores que utilizan los agentes secretos en las películas. He visto varios como éstos, aunque de diferentes modelos, Aldo.

Aldo dirigió una mirada a la desvanecida Lili Connors.

—Entonces… ella no debe ser una ramera, como habíamos pensado.

—Con seguridad que no. Y por fortuna para todos nosotros, antes de entrar en contacto con Sparrow nos dedicarnos a asegurarnos de que todo estaba bien. Y parece ser que no está bien, porque si esta mujer fuese de la CIA, lo sabríamos. ¿La matamos?

Aldo reflexionó y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No… Siempre hay tiempo de eso. Vamos a llevársela a Akim.

Capítulo VI

Cuando Lili Connors recupero el conocimiento, ya era de día, pero, por la ventanilla del coche pudo ver todavía un par de estrellas ya muy pálidas, así que, instintivamente, comprendió que habían pasado muy pocos minutos desde que recibiera aquél espantoso golpe en la espalda.

Se volvió al mismo tiempo que gemía, vio al hombre sentado ante el volante del coche en el que viajaban.

—¿Se encuentra usted bien? —Oyó a su lado.

Volvió la cabeza y vio al otro, al que la había estado apuntando con la pistola. Ahora no tenía la pistola en la mano, y la contemplaba seriamente, con curiosidad y, desde luego, sin temor alguno. Evidentemente, estaba muy seguro de sí mismo. Ni siquiera se le debía ocurrir la posibilidad de que aquella mujer pudiese ser más peligrosa que él.

—Sí —musitó—. ¿Quiénes son ustedes?

—¿Nombres? Bien: Domenico y Aldo —señaló al del volante y a sí mismo—. ¿O quizá su pregunta tiene otro sentido, señorita Montfort?

Brigitte Montfort se pasó la lengua por los labios.

—Tiene otro sentido —admitió.

—En ese caso, temo que no podamos responderle. Hemos encontrado un maletín encantador, con una serie interesantísima de cosas dentro. Entre ellas, una pistola y varios pasaportes. En el doble fondo, claro…

—Son ustedes muy hábiles. ¿Había necesidad de golpearme?

—Domenico se irritó al comprender que no era usted una prostituta, como habíamos creído. Quizá se asustó incluso… ¿Te asustaste, Domenico?

—Me irrité, nada más —dijo Domenico, sin molestarse ni siquiera en mirar por el espejo retrovisor.

—Digamos —sonrió Aldo— que se preocupó. Es un justo término medio. Veamos… Hemos encontrado tres pasaportes, respectivamente, a nombre de Lili Connors, Brigitte Montfort y Galina Cherkova… ¿Cuál de ellos es el verdadero?

—Ya me ha llamado Montfort, ¿no es así? Por mí, está bien.

—De acuerdo —admitió plácidamente Aldo—. Otra pregunta de simple curiosidad: ¿es usted rubia o morena, en realidad? Lo pregunto porque en dos pasaportes aparece rubia y en el de Brigitte Montfort, morena.

—Soy rubia…

Aldo se quedó mirando con amable desconfianza los rubios cabellos de Lili Connors. De pronto, extendió la mano derecha, mostrando en ella un pequeño objeto, brillante y transparente.

—En verdad es usted una mujer interesante. Cuándo Aldo la golpeó, le saltó esta lente de contacto de un ojo, de modo que ahora tiene uno verde y uno azul. Considerando esto, me permito pensar que sus cabellos actuales, rubios, son tan falsos como el ojo verde que le queda.

Lili sonrió y se quitó la otra lentilla de contacto verde, depositándola en la palma de la mano de Aldo, junto a la otra.

—Por favor, no las pierda.

—Descuide.

La espía volvió a mirar por la ventanilla. Portofino había quedado atrás y, puesto qué veía el sol a su izquierda, sobre el mar, dedujo que estaba viajando hacia el Norte. Pero no por la carretera, sino por un camino bordeado de pinos.

—Otra cosa que no nos gustó de usted fue que obligase a Robert Sparrow a utilizar el coche. En Portofino está prohibida la entrada a los automóviles, y eso podía haberle ocasionado complicaciones.

—Fue él quien quiso ir con el coche, que tenía fuera del pueblo, a pasear —frunció el ceño Lili—. Por otra parte, ustedes también han entrado con este coche en el pueblo, ¿no es así?

—No. Lo dejamos fuera. Después de golpearla, la vestimos y nos la llevamos como si fuese… la última juerguista de la noche. De todos modos, nadie nos vio. Mire, según entendemos, es usted… una agente secreto, o algo así, ¿verdad? Pero con Sparrow se comportó como una… aventurera, cuando menos. Naturalmente, engañándolo, cosa que debió resultar fácil, pues es un pobre diablo.

¿Qué buscaba usted de Robert Sparrow? ¿Y cómo llegó hasta él? ¿Qué sabe de él?

—Conteste usted primero a una pregunta mía —sonrió Lili—. ¿Qué habría tenido de malo que Sparrow hubiese pasado la noche con una prostituta?

—Ya le he dicho que él es un pobre diablo. Y los pobres diablos casi siempre hablan demasiado. Queríamos saber qué le había dicho a usted durante la noche, según lo que le hubiera dicho, habríamos tenido que matarla.

—Si tienen miedo de que ese… pobre diablo diga algo que no debería decir… ¿por qué no se limitan a matarlo a él?

—Porque Sparrow aún tiene que cumplir un cometido. Por favor —sonrió Aldo—, no se moleste en preguntar cuál es ese cometido.

—Está bien. Dice usted que si hubiese sido una prostituta, me habrían matado, si Sparrow hubiese sido comunicativo conmigo… ¿Y qué harán ahora, que suponen que soy una agente secreto?

—Akim lo decidirá.

—¿Akim? —Alzó las cejas Lili—. Ese es un nombre ruso, ¿no?

Aldo volvió a sonreír, y no contestó. Se dedicó a contemplar el paisaje, mientras Baby pensaba que habría podido muy fácilmente vencerlo con un solo golpe, quitarle la pistola, dominar a Domenico antes de que éste tuviese tiempo de reaccionar. Pero… ¿y si Aldo y Domenico eran a su vez intermediarios, igual que Akim, y lo único que ganaba con ello era ir de unos sicarios a otros…, en lugar de introducirse en el meollo de aquel asunto que cada vez entendía menos?

El recorrido en coche fue muy breve. De pronto, apareció una verja a la derecha de aquel camino de tierra que seguía hacia el norte, y Domenico detuvo el coche delante, se apeó, y tiró de la cadena que hizo sonar una campanilla, cuyo sonido fue nítido, en el silencio de la recién empezada mañana. Un hombre apareció poco después al otro lado de la verja y la abrió. El coche siguió por un sendero umbrío, fresco, al final del cual se veía la casa, blanquísima, de tejado rojo. Pasaron por delante, hacia el garaje, que estaba atrás. Luego, a pie, volvieron a la fachada, al mismo tiempo que llegaba el hombre que había abierto la verja. Aldo fue hacia él, le musitó unas palabras y el hombre asintió, dirigiendo una mirada indiferente a Lili Connors.

Entraron todos en la casa y fueron hacia el fondo, cruzando el amplio vestíbulo en el que había plantas y flores. Luego seguía un pasillo, al que daban varias puertas. El hombre que había abierto la verja abrió una de ellas, se volvió hacia Lili… para mirar en seguida a Aldo.

—¿Ella habla italiano? —preguntó.

—Tan bien como nosotros mismos, Fabrizio —sonrió Aldo—. Y no creo que sea el único idioma que habla.

—Entonces, le enviaré a Donatella.

Indicó a Lili Connors que entrase en aquel cuarto y lo hizo tras ella.

—¿Quién es Donatella? —preguntó Lili.

—Ella le ayudará. Vendrá en seguida… Por favor, no intente escapar; sólo buscaría complicaciones para todos…

Fabrizio abandonó el cuarto y Baby miró a su alrededor con indiferencia. Un dormitorio agradable, con una puerta, al fondo, que lógicamente, resultó pertenecer al cuarto de baño. Puesto que estaba en la parte baja de la casa, dedujo que aquel cuarto estaba destinado a la servidumbre. Había una ventana, que daba al jardín, y por la cual podía saltar con toda facilidad, por supuesto… Pero no había decidido llegar hasta allí para dedicarse ahora a hacer tonterías.

Donatella apareció tres o cuatro minutos más tarde, todavía con cara de sueño, pero sonriendo amablemente. Era una muchacha muy joven y muy bonita, de cabellos negros y grandes ojos castaños.

—Buenos días, señorita Montfort. Me han ordenado que le suplique a usted que se lave la cabeza con esto —mostró una botella —, para desteñir sus cabellos. ¿Puedo ayudarla?

—No es necesario, gracias.

—¿Le parece bien que, mientras tanto, le prepare el desayuno?

—Café y fruta, solamente. ¿Es posible?

—Oh, sí, sí, naturalmente.

—El café italiano; muy espeso.

—Muy bien —sonrió Donatella.

Hacia las diez de la mañana, Brigitte Montfort, ya con su verdadero aspecto, no sólo había desayunado, sino que había tenido tiempo de dormir un par de horas, hasta que Donatella reapareció

en el cuarto. No le dio tiempo ni a abrir la boca; se sentó en la cama y se quedó mirándola.

—La están esperando, señorita.

—Gracias.

Segundos después, entraba en el salón de la hermosa casa rodeada de jardín. Estaban allí Aldo, Domenico y otro hombre al que no conocía… Un hombre interesante e impresionante: alto; esbelto, de una elegancia asombrosa, increíblemente atractivo, con sus cabellos completamente blancos y su tez bronceada, en la que destacaban los ojos azules, reposados, inteligentes. Vestía pantalones blancos, chaqueta; deportiva a cuadros, camisa oscura y llevaba un pañuelo anudado al cuello. Impecable.

Se acercó a Brigitte sonriendo con exquisita cortesía, pero un tanto inquieto, al parecer.

—Es un placer conocer personalmente a la mejor periodista de nuestro país, señorita Montfort —dijo en inglés—. Ante todo, espero que disculpe usted la grosería y la rudeza de mis amigos. ¿Puede usted sugerirme algún castigo para ellos, por haberla confundido con una prostituta y luego por haberla golpeado?

—No tiene importancia —sonrió Brigitte.

—Es usted muy considerada. ¿No quiere sentarse?

Brigitte se sentó en un sillón. Aldo se acercó a ella y le ofreció cigarrillos. Ya expeliendo el humo y tras musitar un «gracias», Brigitte miró al hombre de los cabellos blancos.

—¿Es usted Akim?

—Sí, en efecto. Lo que no soy es ruso, desde luego. Soy tan norteamericano como usted. Y puesto que estamos, entre compatriotas, quizá sería tan amable de explicarme qué cúmulo de casualidades la han llevado a usted a entrar en contacto con Robert Sparrow… utilizando lo que podríamos llamar una caracterización de rubia llamativa.

—No ha sido una casualidad en ningún momento —negó Brigitte—; le estaba esperando ya en Beirut.

—En Beirut… ¿Es usted de la CIA?

—Sí.

Akim quedó verdaderamente perplejo, durante unos segundos, pellizcándose la barbilla.

—La verdad, no lo entiendo —murmuro por fin—. ¿Quiere usted

decir que la CIA la envió a Beirut para esperar a Sparrow… antes de que él saliese de Estados Unidos?

—Sí.

—Entonces…, ¿no se trata de que usted lo haya localizado después de lo que él hizo en Beirut?

—No. Ya le digo que lo estaba esperando allí.

—¿Sabía usted lo que Sparrow iba a hacer?

—Ni mucho menos. Simplemente, Sparrow había llamado la atención de la CIA y, cuando supimos que partía hacia Beirut días después, fui enviada a esperarlo y vigilarlo.

—¿Sparrow había llamado la atención de la CIA? No es posible… ¡Pero si lo elegimos porque jamás había llamado la atención de nadie! ¿Por qué se fijaron en él?

—Lo ignoro —mintió Brigitte—. Yo recibí una orden, y me dispuse a trabajar. Eso es todo.

—¿Y cómo pudo usted llegar hasta Portofino, sin perderle la pista a Sparrow?

—En Beirut él entró en una oficina de la Orientours y adquirió pasaje en avión hasta Roma. Cuando salió, yo hice lo mismo, después de enterarme de lo que había hecho él. Llegamos a Roma juntos. Él tomó un coche que tenía a su disposición, allí. Yo metí mi equipaje en un taxi y le dije al conductor que me llevase tras aquel coche…, fuese adonde fuese. Muy pronto el hombre quiso desistir, y regresar a Roma, pero quinientos dólares le convencieron de que le convenía seguir tras el coche de Sparrow. Llegamos a Portofino, él se fue al Alberto Corleone y yo conseguí alquilar una casita, a fuerza de dólares. Avisé de que Sparrow estaba en Portofino y se me indicó que buscase contacto con él, a ver si podía averiguar algo, antes de que la CIA interviniese directamente.

—Entonces, hay más hombres de la CIA en Portofino.

—Sí, claro.

—¿Y lo de la playa estuvo preparado, para que usted hiciese contacto, provocando la intervención de él, cuando la… molestaron aquellos muchachos?

—Evidentemente —sonrió Brigitte.

Akim también sonrió. Luego, Volvió a quedar pensativo, esta vez durante casi tres minutos. Por fin, fue hacia el teléfono, marcó un número y, tras esperar unos segundos, dijo sencillamente:

—Hacedlo ya. Pero atención: la CIA está cerca.

Colgó. Volvió a sentarse en otro sillón, frente al de Brigitte y se quedó mirándola fijamente.

—¿Ha ordenado usted la muerte de Sparrow? —susurró Brigitte.

—Es usted muy perspicaz —musitó Akim—. En efecto, eso he hecho. Créame que lo siento, que detesto la violencia, pero no hay más remedio. Pero… maticemos un poco: no he ordenado su muerte, sino su suicidio…

—Entiendo.

—¿De veras? —se sorprendió Akim—. ¿De veras lo entiende?

—Sí. Sus… amigos matarán a Sparrow, pero de tal modo que parecerá que se ha suicidado. La CIA, al no tener noticias mías, se lanzará sobre él… Y lo encontrarán muerto. Pista cortada. Pero el hecho subsiste: un norteamericano, al que todos suponen empleado de la CIA, disparó contra el diplomático francés Raymond Delacroix, en Beirut.

—Me alegra comprobar que es usted de verdad interesante… ¿Conoce la continuación de la historia?

—No.

—Es muy simple. Nuestro magnífico diplomático, el primer consejero político de la Casa Blanca, Michael Horace Delaney, está ya camino de Beirut, para entrevistarse con *monsieur* Delacroix, a fin de pedirle disculpas, que serán aceptadas.

—Lo dudo.

—Ya verá cómo sí —sonrió Akim—. En primer lugar, cuando Michael Delaney visite a Raymond Delacroix, ya estará al corriente de que Robert Sparrow ha sido hallado muerto por suicidio, en un hotel de Portofino…

—Eso hará que *monsieur* Delacroix desconfíe todavía más. El truco de enviar un asesino y luego eliminarlo es ya muy viejo.

—Sí… De eso se trata: de conseguir que la misión diplomática, mediadora, conciliadora de Michael Delaney parezca imposible. Todo el mundo, en cuanto sepa la noticia del… «suicidio» de Sparrow, arrugará la nariz, y, por supuesto, nadie admitirá la posibilidad de que Delaney consiga convencer a Raymond Delacroix de que la CIA o Estados Unidos no han tenido nada que ver con esto. Por lo tanto, cuando Delaney convenza oficialmente al diplomático francés, y éste acepte las explicaciones, y acepte luego

la intervención de Estados Unidos en las conversaciones Francia-Líbano, el triunfo de Delaney será… clamoroso, ¿no le parece?

—No lo conseguirá. Delaney es excepcional, pero… no tanto. Ha conseguido solucionar muchas dificultades políticas a Estados Unidos, pero esto ya sería demasiado. Y más tratándose de Francia, que no siente excesiva simpatía hacia las intromisiones norteamericanas en todos los asuntos del mundo.

—Esa es la cuestión… ¿Se imagina la grandeza del triunfo de Delaney, al convencer a un diplomático francés tan correoso como es Raymond Delacroix?

—No lo convencerá. Por primera vez, Delaney va a fracasar. Y lo siento por él… Le admiro como político y como persona.

—Es muy posible que aún le admire más cuando sea presidente de Estados Unidos de América.

—¿Quién? —Parpadeó Brigitte—. ¿Delaney?

—Por supuesto. Pero sin prisas… Dejaremos pasar todavía las elecciones de mil novecientos setenta y seis. En mil novecientos ochenta, Michael Horace Delaney será elegido presidente de Estados Unidos… Habrá llegado el momento.

Brigitte se quedó mirando fijamente a Akim, y tardó casi un cuarto de minuto en murmurar:

—¿Ustedes tienen previsto esto?

—Así es.

—¿Y Delaney lo sabe?

—Por supuesto. Delaney sabe perfectamente que es nuestro hombre de mañana. Todo está preparado para que, después de una resonante y triunfal vida política, y contando apenas cincuenta años de edad, Michael Delaney sea elegido el presidente de Estados Unidos.

—¿Y si su vida política no fuese tan… resonante y triunfante? —deslizó Brigitte, que todavía se sentía desconcertada.

—Imposible —sonrió amablemente Akim—. Del todo imposible, señorita Montfort.

—A fin de cuentas —insistió ella—, los éxitos de Delaney no dependen de él mismo solamente, sino de los demás políticos con los que se vea obligado a tratar, a relacionarse, durante todos estos años, hasta que llegue mil novecientos ochenta.

—Ya le digo que todo está previsto: Delaney irá acumulando

éxito tras éxito. Cuando llegue mil novecientos ochenta, nadie dará ni un centavo por los demás candidatos a la presidencia de nuestro país… Será inevitable. Todo, todo ha sido cuidadosamente estudiado para que triunfe nuestro hombre de mañana. Y con él, naturalmente, triunfaremos, nosotros, la aristocracia del mundo.

—¿La… aristocracia del mundo? —susurró Brigitte.

—Sí. Los mejores, los más sabios, los más fuertes en todos los sentidos.

La divina espía alzó ahora las cejas, con un gesto de divertida sonrisa.

—Yo creía que los mejores del mundo ya estaban triunfando, Akim.

—Oh, no, por favor —casi se indignó Akim—. ¡Por supuesto que no, señorita Montfort! Por ejemplo, usted, considerando nuestro sistema para definir la categoría de las personas, merecería ocupar un puesto mucho más importante del que ocupa en el concierto mundial… —Akim frunció el ceño, como preocupado—. Y me pregunto cómo nuestra organización no ha pensado en usted antes para proponerle su incorporación a la misma.

Brigitte sonrió ahora de un modo encantador.

—¿Debo entender que me está proponiendo que entre a formar parte de su organización?

—¿Por qué no? ¿Le disgustaría?

—No lo sé. Para darle una respuesta, tendría que saber en qué consiste exactamente la organización. Por cierto…, ¿tiene algún nombre especial esa organización?

—Sí… Pero no para darnos importancia, sino para poder hablar de ella con un término breve y expresivo. La llamamos WP.

—¿Y eso qué significa?

—World Power… Poder Mundial…

—Todo esto es sumamente interesante. Y me hace comprender, una vez más, la expresividad de una sola letra.

—Me parece que no la comprendo.

—Estada pensando en que si en lugar, de llamarse WP se llamase WC, el significado sería distinto.

Akim sonrió. Miró a Aldo y a Domenico, que también sonreían. Luego, movió la cabeza.

—En cierto modo, sus palabras reflejan un cierto mal gusto que

me sorprende en usted. O quizá… Sí, me atrevo a suponer que no es usted persona de mal gusto, sino que se está tomando a broma nuestra organización…

—No puedo tomarme a broma algo que desconozco. Me temo que ha sido un comentario estúpido por mi parte. Lo siento… ¿Puedo saber en qué consiste la WP? Naturalmente, ya he interpretado perfectamente que ustedes pretenden dominar, la Tierra, pero… ¿cómo podrán lograr semejante empresa?

—Seguramente, usted ha oído hablar de muchas sectas, señorita Montfort: desde las sectas masonas a la del Ku-Klux-Klan…, pasando por el Mau-Mau, el vudú… ¡Qué sé yo! ¡Hay tantas!

—He oído hablar de muchas sectas, en efecto. Cada una de ellas perseguía sus propios fines. ¿La WP persigue el dominio de la Tierra?

—Sí.

—En tal caso, no cabe duda de que es mucho más ambiciosa que las demás, cuyos objetivos no son tan amplios, tan… totales. Pero voy a insistir en una cosa: la Tierra está ya dividida en naciones, algunas de ellas tan poderosas o difíciles de dominar como nuestra propia patria, Estados Unidos. Y no digamos de Rusia, China, Japón, Reino Unido, Francia, Canadá, Alemania, India… ¿De verdad tienen ustedes la pretensión de dominar todas estas naciones, todo el mundo, bajo el control único de la WP?

—Veo que ha comprendido usted perfectamente, por fin. En efecto: nuestro objetivo es dominar el mundo.

—¿Uniendo todas las naciones en una sola?

—No, no… Eso es innecesario. Por otra parte, si tal cosa hiciésemos, el mundo se daría cuenta. No nos interesa eso. Lo que pretendemos es que, aparentemente, las cosas sigan como hasta ahora, pero dominando nosotros todas las naciones, una por una, y todas a la vez, desde nuestro Mando Central. ¿Le gustaría saber cómo pensamos dominar las naciones una por una…, y, como consecuencia, dominarlas todas desde nuestro Mando Central?

—Sinceramente, estoy intrigadísima.

—Por favor, venga conmigo, señorita Montfort.

Capítulo VII

Fueron a otro cuarto. Brigitte y Akim se acomodaron en dos sillones y mientras Aldo cerraba las ventanas de modo que quedaron a oscuras, Domenico preparó un proyector, que puso en marcha en cuanto la última ventana estuvo cerrada.

Inmediatamente, apareció la imagen de Michael Horace Delaney, sentado tras una mesa de despacho, que Brigitte reconoció inmediatamente también: era el despacho del actual presidente de Estados Unidos. Y Delaney estaba sentado allí…

—Es una reproducción del despacho presidencial en la Casa Blanca —explicó amablemente Akim—. Delaney tiene que ir acostumbrándose. Y precisamente, voy a hablarle de Delaney. Antes decía usted que no cree que pueda controlar la situación, con respecto al diplomático francés Raymond Delacroix. Por supuesto, está equivocada. Y le diré por qué: porque Delacroix también forma parte de nuestra organización.

—¿Quiere decir que todo ha estado preparado?

—Exactamente. Delacroix sabía que un hombre enviado por nosotros le iba a herir, y sabe que, cuando Delaney se presente, debe dejarse convencer de que su actitud hacia Estados Unidos y la CIA convendría que fuese favorable. Usted ya entiende que Delacroix y Delaney están de acuerdo, que trabajan para la World Power, ¿no es así?

—Sí. Y también empiezo a comprender los admirables éxitos obtenidos hasta ahora por Michael Delaney, todos esos… éxitos políticos han estado dirigidos, preparados por ustedes mismos.

—Magnífico. Eso es, desde luego. En cada ocasión que Delaney ha obtenido un resonante éxito político, la WP estaba detrás, como será en este caso de lo sucedido en Beirut. Tenemos hombres trabajando por nosotros, en todos los gobiernos del mundo. Delaney es nuestro hombre de mañana en Estados Unidos, y será el primero

en entrar en acción, en mil novecientos ochenta, como ya le he dicho. Su trayectoria política le llevará sin fallo alguno a la Casa Blanca. El país lo elegirá por unanimidad. ¿Cómo no elegir presidente al mejor hombre?

—Pero eso será falso.

—Desde luego. Todos los triunfos de Delaney habrán estado preparados por la World Power. Serán ficticios, además… Por ejemplo, para convertirlo en hombre cada vez más importante, tenemos en estudio uno de los mejores proyectos: el simulacro de enfrentamiento armado entre Estados Unidos y México…

—¿Están locos? —Respingó Brigitte.

—No. Todo será simulado. Habrá unas fricciones fronterizas, eso es cierto, en mil novecientos setenta y ocho. Pero esas fricciones habrán sido provocadas, dirigidas y controladas por la WP, y estarán destinadas a que Michael Delaney, con gran habilidad y acierto político, las solucione. ¿Se imagina usted lo agradecidos que le estarán los norteamericanos, y especialmente los mexicanos? ¿Cómo no tener en cuenta para presidente de Estados Unidos a un hombre que consigue evitar una guerra México-USA? Por supuesto, nuestros hombres de México serán los encargados de tratar con Delaney, en ocasión de esa fricción armada, y se dejarán… convencer por él. Todo terminará bien. Para el mundo, gracias a Delaney. Para nosotros, todo habrá sido como una simple jugada de ajedrez, manejando nuestras piezas en México y en Estados Unidos. ¿Lo comprende?

—Sí. He comprendido ya perfectamente que ustedes llevan a cabo comedias políticas y bélicas, con el fin de que Delaney destaque. Pero, por ejemplo, en el inicio de este enfrentamiento México-USA, ¿no habrá muertos, Akim?

—Oh, sí. Es inevitable, por desgracia. Habrá unos miles de muertos entre ambos bandos, y precisamente por eso aún será más admirable la labor de Michael Delaney, al impedir que las cosas lleguen a mayores. En definitiva, como usted está comprendiendo perfectamente, tenemos en la WP a muchos de los mejores hombres de muchos países, y, claro, estamos reclutando cada día más. Dentro de seis años, esperamos contar con la vanguardia mundial en política, economía, milicias… Y entonces, Michael Delaney será elegido presidente de Estados Unidos. Es decir, que a todos los

efectos, quien dirigirá en la sombra los destinos de Estados Unidos será la World Power… ¿Se imagina lo fácil que irá siendo todo lo demás? Nuestro hombre de la Casa Blanca trabajará sólo para la WP. Y poco a poco, iremos consiguiendo lo mismo en otros países. Dentro de unos cuantos años más, sencillamente, la Tierra estará gobernada por el Mando Central de la World Power, utilizando a los títeres que nosotros mismos hemos colocado en los gobiernos. ¿Consecuencia de todo esto? Pues, señorita Montfort, es evidente que mientras el mundo, en conjunto, y cada país por separado, creerán que ellos están rigiendo sus propios destinos, nosotros, la WP, seremos quienes estaremos controlando a todos los habitantes de la Tierra.

—¿Con qué objeto? —musitó Brigitte—. ¿Ayudarlos? ¿Elevar el nivel general de vida de todos los países, aun los más subdesarrollados? ¿Procurar mayor felicidad al género humano? ¿Intentar…?

—No siga, por favor. Ya le he dicho que nosotros somos y seremos lo más selecto del mundo. Nadie lo sabrá, pero unos cuantos miles de nosotros, los únicos, sencillamente, utilizaremos el mundo en nuestro propio provecho. No habrá nada que no podamos hacer, no habrá nada que no esté a nuestra disposición… No pretenderá usted que compartamos las delicias del mundo con la masa, ¿verdad?

—Hasta el momento —casi ni se oyó la voz de Brigitte—, algunos gobiernos explotan a su pueblo, a su gente; unos cuantos se encumbran a costa de la… masa, a la que explotan, tiranizan y engañan. ¿Debo entender, Akim, que ustedes piensan hacer lo mismo, sólo que a una escala mundial?

—Esa es la idea, por supuesto.

—No podrán conseguirlo. Hay hombres que no les permitirán llegar hasta allí. Existe esa clase de hombres.

—Es cierto, existen. Pero, señorita Montfort, ésos son los hombres que nosotros sacrificaremos, precisamente, en beneficio del prestigio de los nuestros. Esos hombres que podrían… hacer despertar a las masas, ayudarlas, repartir con ellas el mundo, serán los sacrificados. No podemos dejarles sobrevivir, naturalmente. Por lo tanto, serán organizadas guerras, revueltas de todas clases, atentados políticos… Nuestros planificadores están trabajando ya

hace tiempo en eso, preparando el modo de eliminar a esa clase de hombres que están dispuestos a compartir las bellezas del mundo con la masa y, como consecuencia directa, encumbrando a los que a nosotros nos conviene…, como Michael Delaney, por un lado, y Raymond Delacroix por otro. Cada uno por su lado, llegará muy arriba en la política de su país…, y al mismo tiempo, serán unos simples asalariados de la World Power. Títeres manejados por nuestro Mando Central. Ya se lo he dicho: algunas personas somos superiores a otras. Y en ese caso, ¿por qué conceder los mismos privilegios a todas las personas? Los seres inferiores no pueden vivir como nosotros, señorita Montfort. Por cierto, ¿cómo vive usted?

—Hasta ahora, me parecía que bastante bien… Pero supongo que usted puede ofrecerme algo todavía mejor.

—¡Naturalmente que sí! Tuve que pensar en usted antes, ya que forma parte de la… primera clase mundial del periodismo. Como es lógico, la WP necesita y necesitará periodistas de verdadero talento, que sepan moldear los pensamientos de las masas. Usted tiene el suficiente talento para ello. Aparentemente, seguirá usted siendo la misma persona y quizá llevando la misma vida. Pero, en cuanto usted entre a formar parte de la World Power, su poder será ilimitado. Nadie lo sabrá, pero usted podrá conseguir todo lo que quiera: desde la cantidad de dinero que precise hasta la cabeza de cualquier persona que usted desee ver muerta. ¿Lo entiende? No hay por qué demostrar a la masa el gran poder que tenemos sobre ellos simplemente, en silencio, lo utilizamos.

—¿Y cuál sería mi cometido?

—Habida cuenta de sus méritos y talento periodísticos, podría ocupar uno de los puestos de jefatura para la mentalización de masas en todo el continente americano. ¿O quizá prefiere un puesto en la CIA? Y ya que hablamos de la CIA, hay en ella una agente que nos interesa sobremanera para… Un momento —respingó Akim en la oscuridad— ¿no será usted la agente Baby?

—No.

—¿Pero la conoce?

—La he visto tres o cuatro veces. Pero usted debería conocerla, Akim;… ¡No me diga que no tiene a nadie introducido en la CIA, que pueda facilitarle información sobre Baby!

—Es un caso curioso, pero… no, no he podido obtener todavía

información sobre ella. Al llegar a ese punto, todos parecen chocar con un muro. Pero ya llegaremos a Baby… ¿Le gustaría a usted ocupar el puesto que le he ofrecido?

—Eso significa que yo entraría a formar parte de los privilegiados, de esa élite mundial, que gobernaría y disfrutaría del mundo casi en exclusividad, desde la sombra…

—Exactamente.

—Será una experiencia interesante. Bien, ¿qué significado tiene que me haya traído aquí? ¿Eso es todo lo que va a mostrarme respecto a Delaney?

—Oh, no… Quería que usted viese que lo tenemos todo preparado, todo en estudio… Seguid con la proyección.

La imagen de Delaney en el despacho presidencial de la Casa Blanca, que había quedado fija, recuperó el movimiento. A partir de ese momento, Brigitte pudo ir viendo a Delaney en diferentes actividades, todas ellas como si ya fuese presidente de Estados Unidos: reuniones, decisiones políticas ante el acoso de ficticios diplomáticos que le rodeaban, aparición ante una gran masa imaginaria de público, a la que dirigía su discurso, tras la toma de posesión de la presidencia…

—Creo que tengo suficiente. Parece que Delaney se está tomando los ensayos muy en serio. ¿Solamente disponemos de él, por el momento, para ocupar cargos de esa importancia?

—No, no… Tenemos varios. Un archivo lleno de nombres… Nombres que actualmente no tienen gran relieve, pero que están destinados a ocupar grandes cargos en el mañana, al haber aceptado ingresar en la WP.

—Vaya… Me gustaría muchísimo echar un vistazo a esos archivos. Seguramente, me llevaría grandes sorpresas.

—Desde luego.

—¿Está Robert Sparrow en esos archivos?

—Sí, claro.

—Pero usted ha ordenado su muerte.

—Siempre hay elementos que deben ser sacrificados. Por otra parte, Sparrow ha sido un simple peón en esta jugada. Usted ya habrá comprendido que un hombre como él no puede formar parte de nuestra asociación.

—Pero se le ha utilizado.

—Naturalmente. Es sólo un componente de la masa, al que se ofreció mucho, a cambio de su colaboración. Había que utilizar a un norteamericano, que luego sería localizado por la CIA y encarcelado durante algunos años. Sparrow sabía esto, y aceptó a cambio de ser «alguien» cuando la WP lo sacase de la cárcel: sería rico y prestigioso… ¡Pobre iluso! Su cometido era ser sacrificado, para que Michael Delaney, de acuerdo con Raymond Delacroix, arregle las cosas de tal modo que todo haya parecido una confabulación de alguien que pretende la enemistad entre Francia y Estados Unidos. Pero, claro, Delaney «convencerá» a Delacroix de que no ha sido la CIA quien ha organizado esto. Un triunfo más para Delaney. Y todavía le esperan muchos más, que la llevarán, dentro de seis años, a la Casa Blanca… Sí, Delaney es un hombre afortunado, aunque sólo esté destinado a ser un títere de la World Power. Será nuestro primer hombre de mañana. Será como si la WP fuese presidente de Estados Unidos. ¿Se da cuenta del poder inicial que eso significa?

El proyector había sido apagado ya, y las ventanas abiertas de nuevo. Brigitte, entornando los ojos un poco deslumbrados, se volvió a mirar fijamente a Akim.

—Durante algunos de mis trabajos —susurró—, he conocido hombres que pretendían dominar el mundo por diversos sistemas, Akim. Todos fracasaron.

—No debían tener categoría suficiente para gobernar el mundo.

—Por supuesto que no. Nadie tiene, actualmente, esa categoría. Ni siquiera usted, claro está.

Akim se quedó mirándola fijamente.

—No me gusta lo que está diciendo, señorita Montfort. Será mejor que reflexione respecto a lo que le conviene…, a menos que no le importe no salir viva de esta casa.

—A lo mejor —sonrió la divina espía—, yo podría vencerles a ustedes tres.

—A lo mejor —sonrió también Akim—. Pero usted sólo ha visto lo que nosotros hemos querido que vea; hay muchos más hombres por aquí, en el jardín, en el garaje escondidos… No habrá usted imaginado que…

Brigitte le atajó con un gesto.

—He comprendido muy bien que no es fácil escapar, pues, de otro modo, no me habrían dejado en una habitación con ventana al

jardín. Era como una invitación a escapar, y lo he entendido perfectamente. La presencia de más elementos como ustedes en este lugar ha sido comprendida por mí oportunamente. No soy una estúpida. Los estúpidos son los hombres como usted, que sin mérito ni gloria alguna pretenden dominar nada menos que el mundo.

—Su actitud es… suicida, señorita Montfort. Me pareció lo bastante inteligente para comprender que le convenía unirse a la World Power.

—Akim: el día en que yo encuentre a un hombre capaz de gobernar el mundo, en beneficio del mundo, me uniré a él con todos mis efectivos. Pero a los seres como usted, sencillamente, los aplasto…, aunque me cueste la vida, como ahora.

El ataque fue por completo inesperado, porque la señorita Montfort hablaba con fría tranquilidad, muy serena. Y por inesperado, fue absolutamente efectivo: su mano derecha, rígida, como si fuese un puñal, y con toda la fuerza del brazo y del giro de la espía hacia la izquierda, donde estaba sentado Akim, se hundió en la garganta del hombre como si realmente los dedos fuesen de acero y el cuello masculino miga de pan…

Fue un *atemi* brutal, implacablemente certero, que terminó con la vida de Akim, de modo fulminante.

Acto seguido, y pese a que esperaba recibir los balazos disparados por Aldo y Domenico, Brigitte se movió con su habitual velocidad, con la velocidad «del rayo azul que llega desde ningún sitio».

En realidad, no salvó la vida, esta vez gracias a esa velocidad de acción, sino a la escasa capacidad de reacción de Domenico y Aldo. Fueron dos factores que se sumaron en beneficio de Baby, en definitiva: su propia velocidad y la lentitud de dos hombres que habían palidecido, y que, durante un segundo, no fueron capaces de reaccionar.

Sólo un segundo.

Un segundo perdido, vida perdida.

Domenico quiso sacar su pistola cuando ya Baby había caído ante él, de un salto escalofriante, que llevó al subconsciente del italiano la imagen de una pantera de enormes ojos azules dilatados.

No terminó el gesto, porque el puño derecho de Baby llegó a su sien derecha, tras describir un arco, en impecable *lesui*, que lo mató

en el acto y lo tiró a un lado, como si hubiese recibido un espantoso martillazo.

Apoyada en el rechazo de ese mismo golpe, Brigitte se echó hacia atrás, rodó sobre su espalda y sobre su nuca, y quedó de pie, tras haber dado la vuelta al revés…, mientras Aldo, que la contemplaba con ojos de espanto, comenzó a gritar y apuntó su pistola hacia ella.

Plop.

El cuerpo de la espía pareció disminuir, de un modo increíble, y hasta grotesco… Eso le pareció a Aldo, pero, simplemente, Brigitte se había acuclillado…, y mientras la bala pasaba por encima de su cabeza, ella se impulsaba hacia las piernas de Aldo, que lanzó un chillido, bajó la pistola y disparó de nuevo.

Esta vez fue Baby quien gritó, al notar el candente golpe de la bala, pero ya estaba llegando a las piernas de Aldo. Se abrazó a ellas por debajo de las rodillas, mientras golpeaba en éstas con un hombro. Aldo cayó hacia atrás, sin poder evitarlo, a pesar de su esfuerzo, de su manoteo. Le habría ido mucho mejor seguir el impulso del golpe, y mientras caía hacia atrás con Brigitte aferrada a sus piernas, dispararle a la cabeza. Allí habría terminado todo. Pero, quizá por lo que le había visto hacer en un segundo, Aldo pensó más en su estabilidad, en intentar alejarse de ella, y eso fue fatal… para él.

Apenas caer al suelo, Brigitte lo soltó, asió con sus manos la muñeca derecha de Aldo y se tiró de espaldas junto a él, perpendicular a su torso; pasó las dos piernas sobre el pecho de Aldo y se colocó el brazo de éste entre aquéllos y sobre su vientre, que alzó con fuerza al mismo tiempo que tiraba de sus manos hacia abajo. En el terrible *jujigatame* de judo, el codo de Aldo crujió, se rompió como si hubiese sido una vieja caña podrida y el hueso astillado, la destrozada articulación, atravesó la carne y la piel, sobresaliendo por la cara interna del codo de un modo escalofriante, salpicando sangre por todos lados.

Todavía vibraba el alarido de Aldo cuando Baby estaba de nuevo en pie, con la pistola del italiano en la mano, apuntándole a la cabeza.

Plop.

Los chillidos de Aldo cesaron inmediatamente.

Y Brigitte quedó inmóvil, conteniendo su jadeo, demudado el rostro, dilatadas las pupilas… Afuera oía, amortiguadas, voces de hombre, muy excitadas. Y al otro lado de la puerta, pisadas precipitadas y la voz de Fabrizio.

Se volvió hacia la puerta y alzó la mano armada. Dos segundos después, la puerta se abrió y Fabrizio apareció, pistola en mano, alterado.

—¿Qué…?

Plop, disparó Brigitte.

Fabrizio lanzó un alarido y saltó hacia atrás, con las piernas hacia arriba… y una bala en el centro de la frente. Casi no había llegado aún al suelo, cuando Baby aparecía en la puerta y se lanzaba a todo correr cruzando el vestíbulo adornado con flores y plantas, hacia el salón. Entró en éste y siguió corriendo hacia el sillón donde había visto antes su maletín.

Lo estaba abriendo cuando oyó las pisadas dentro de la casa y la voz de un hombre:

—¡Aldo! ¡Fabrizio! ¡Fab…!

Acababa de ver a Fabrizio. Brigitte apretó los labios, y abrió el maletín, pero sin dejar de mirar hacia la puerta, pues oía más pisadas ahora, y más voces, y gritos… La puerta se abrió y apareció otro hombre, pistola en mano.

—¡Akim! ¿Qué…?

Plop.

El hombre desapareció, chillando como enloquecido al recibir el balazo que rozó su sien y destrozó la oreja derecha.

—¡Es la mujer! —le oyó chillar Brigitte—. ¡Está en el salón!

Para entonces, Brigitte había saltado ya hacia detrás del sofá, de modo que la prevista andanada de balas pasó por encima de ella hacia todas partes. Desde el vestíbulo, varios hombres estaban disparando a toda prisa sus pistolas, pero las balas, por el momento, sólo causaban destrozos en los objetos y muebles del salón, rebotando con agudos sonidos vibrantes, metálicos… mucho más estruendosos que los disparos efectuados con silenciador.

—¡Akim está muerto! —Oyó afuera—. ¡Y también Aldo, y Domenico, y Fabrizio…!

Y de pronto, después de estas palabras, el silencio completo, súbito, sorprendente.

Con el maletín a un lado y la pistola de Aldo en la mano, Brigitte permanecía agazapada, jadeante, tensa, alerta el oído finísimo, que tantas veces había salvado su vida… Nada. Silencio total, absoluto.

«Me están preparando algo —pensó—. ¿Cuántos deben ser? Por lo menos, cinco o seis. Quizá más… ¿Qué clase de ataque pueden estar preparando?».

Casi respingó al pensar en una de las posibilidades. Rápidamente, sacó su corta provisión de compresas de gasa, separó una y se la colocó ante la boca y nariz; parecían simples compresas de gasa, pero en realidad eran protectores antigás, que le habían sido muy útiles en diversas ocasiones… Estaba acabando de adherir la segunda compresa sobre la primera, y pensando en recurrir a la radio de bolsillo para llamar a los Simones, cuando vio aparecer por un lado de la puerta una caña larga, en cuyo extremo había un pequeño lazo de cordel. Brigitte contempló, intrigada, aquello, hasta que comprendió: el lazo llegó al pomo de la puerta y se cerró alrededor. Luego, la persona que utilizaba la caña, tiró, comenzando a cerrar la puerta sin el menor riesgo.

De un solo disparo, Brigitte podría haber partido la caña por la mitad, impidiendo que cerrasen la puerta, pero, por el contrario, se alegró de que esto sucediese, pues le hizo comprender que sus suposiciones respecto a un ataque con gas habían sido acertadas.

La puerta no llegó a ser cerrada del todo, de momento. Se dejó una abertura de ocho o diez centímetros, por la que dispararon con una pistola especial, hacia el interior del salón. La espía más peligrosa del mundo vio, por un instante, las pequeñas humaredas del gas, que se dispersó y volatizó rápidamente, cuando ya la puerta había sido cerrada con seco golpe.

Casi permitiéndose una sonrisa, la señorita Montfort decidió corresponder adecuadamente a la «muy astuta» maniobra de aquellos hombres, que sin duda querían atraparla viva. Después de vaciar en su mano izquierda todas las pequeñas ampollas de gas narcótico de que disponía, se tendió tras el sofá, de cara al techo, con medio cuerpo visible desde la puerta, cuando ésta fuese abierta, con la pistola en el suelo…

—Ahí está. La hemos cazado.

Entre los párpados entornados, Brigitte veía a los dos primeros

hombres que habían entrado en el salón, pistola en mano. Detrás de ellos aparecieron dos más. Luego otro. Y finalmente, con un gran trapo blanco protegiendo su oreja, el último, el que había herido.

—Tiene cara de ángel.

—Pues ese ángel acaba de matar nada menos que a Akim y a los otros tres. Amarradla bien para cuando despierte. Yo voy a intentar ponerme en contacto con Viena, para informar de lo ocurrido. Seguramente pedirán que levantemos el campo, con todo el material acumulado aquí hasta ahora para la fijación definitiva de la base. ¡Maldita sea, un lugar tan agradable y conveniente…! Por culpa de esta mujer tendremos que…

Brigitte comprendió que ya no había más hombres en la pequeña villa. Entonces, sobresaltando a los que la estaban mirando en aquel instante, alcanzó la doble mascarilla, se la colocó de nuevo ante la boca y la nariz, y se lanzó tras el sofá, describiendo un arco con su mano izquierda.

La estupefacción de aquellos hombres terminó muy pronto: vieron su movimiento, vieron aquellas pequeñas esferas brillantes en el aire…

—¡Cuidado, esa muj…!

Las esferas habían caído en el suelo, rompiéndose. Ya nadie pudo decir nada más: el perfeccionado gas fulminante hizo su efecto con la eficacia de siempre, y los seis hombres se derrumbaron como súbitamente muertos.

Quince segundos más tarde, Baby se puso en pie detrás del sofá y se quedó mirándolos. Retiró las mascarillas antigás y alzó las cejas, como divertida. Movió la cabeza y dijo:

—Lo que vosotros habéis pretendido era como querer enseñar a una gallina a poner huevos.

Recogió el maletín, se sentó cómodamente en el sofá y por fin pudo apretar el botón de llamada de la radio.

—¿Simón?

Debían ser las dos de la tarde cuando sonó la llamada de la radio de la agente Baby, que nuevamente estaba sentada en el sofá, ahora con el torso desnudo a excepción de los sujetadores… y de la venda que lo rodeaba muy cerca de la cintura, allá donde la bala había marcado un sangriento camino.

En el suelo, ante ella, sólidamente atados de pies y manos,

estaban los seis hombres de Akim, mirándola sombríamente. De pie, y observándoles atentamente, tres agentes de la CIA. El cuarto era, sin duda, el que llamaba por la radio, después de haber realizado en Portofino las investigaciones encargadas por Baby, que contestó a la llamada.

—¿Sí?

—Ya está todo en marcha —se oyó, en efecto, la voz del agente de la CIA—. El cadáver de Robert Sparrow ha sido descubierto hace unos minutos, Baby.

—Bien. No intervenga en nada, Simón. Deje que nuestros compañeros, que están realizando la búsqueda oficialmente, se enteren de lo sucedido. ¿Comprende?

—Desde luego. No hay que alarmar a nadie de esta organización, ¿verdad?

—Exactamente. Vuelva a la villa.

—Allá voy. Ah, una cosa… Alguien tuvo que «suicidar» a Sparrow, ¿no es así? Y por lo menos tuvieron que ser dos hombres. Se me ha ocurrido que, quizá, en un momento u otro, aparezcan por ahí, así que…

—Estamos prevenidos por si tal cosa ocurre —sonrió Baby—. Pero no ocurrirá, Simón. Esos hombres estaban esperando en Portofino el momento de hacer su trabajo. Lo hicieron y se marcharon, eso es todo… Posiblemente, estén camino de Viena.

—Se me debió ocurrir eso a mí —refunfuñó Simón—. Voy para ahí.

Brigitte cerró la radio y miró a los tres Simones que la contemplaban, expectantes, y que, por supuesto, habían oído la conversación.

—Todo perfecto —murmuró ella—. ¿Creen que me necesitarán para algo más?

—Toma, claro —exclamó Simón I—. ¿Qué podemos hacer sin usted?

—Estoy hablando en serio —sonrió la divina espía—. ¿Recuerdan bien todas mis instrucciones?

—Naturalmente.

—Muy bien. Esperaré, a que llegue Simón con el coche, recogeré mi maleta, me pondré otra ropa y nos despediremos. No me fallen en nada, Simón.

—Descuide. ¿Qué piensa hacer usted?

Brigitte Montfort alzó las cejas, en un gesto entre divertido y reflexivo.

—Volveré cuanto antes a Estados Unidos. Hace días que tengo pendiente una invitación para tomar el té.

Capítulo VIII

La señora Delaney se acercó a Brigitte Montfort, sonriente, tendiendo ambas manos en un gesto cordial, casi cariñoso, de bienvenida.

—Señorita Montfort… ¡Creí que había olvidado nuestra cita para charlar sobre Michael!

—Por supuesto que no la había olvidado —sonrió Brigitte, aceptando las manos de Brenda Delaney—. Es más, recuerdo muy bien que no íbamos a hablar sobre él, sino sobre las opiniones de usted sobre lo que es o no es política.

—Oh… Sí, en verdad, ahora recuerdo… Bueno, ¿realmente le parecen importantes mis opiniones?

—Más que nunca, después del resonante éxito de su marido en Beirut, cerca del diplomático francés que fue agredido por aquel norteamericano, Robert Sparrow. Por fortuna, gracias al señor Delaney no ha ocurrido nada serio. A excepción del suicidio de ese desdichado.

—Debía estar loco —dictaminó Brenda Delaney—. Y no es que quiera darle más importancia a Michael, pero, ciertamente, complicó un poco el panorama internacional en el Oriente Medio, ¿no cree usted?

—Por supuesto que sí. Pero, en fin, su marido lo arregló todo y ahora incluso somos más amigos que antes con los franceses, en lo que se refiere a nuestras respectivas posturas con, respecto al Líbano y sus posibilidades de intervención directa en los acontecimientos bélicos de esa parte del mundo… Entiendo que el señor Delaney regresó anoche de Beirut.

—Sí, en efecto. ¡Oh, comprendo…! ¡Usted ha esperado que él estuviera de vuelta para visitarme y así entrevistará a los dos! ¿Me equivoco?

—No —rió Brigitte—. ¿Le parece que es pasarme de lista?

—Creo que no. Estoy segura de que Michael la recibirá. La tiene en un gran concepto.

—En ese caso, sólo hace que corresponder…

Rieron las dos. Brenda Delaney se tomó de un brazo de Brigitte.

—Vamos a su despacho —dijo—. Usted es una persona tan cordial y encantadora, que podemos prescindir de etiqueta… ¿Le parece bien?

—Desde luego. Es usted muy amable, señora Delaney.

—Oh, vamos… Llámeme Brenda. A fin de cuentas, entiendo que usted está aquí para escribir cosas que contendrán algún que otro elogio para Michael, ¿no es cierto?

—¿Acaso él merece otra cosa?

De nuevo rieron ambas. Llegaron ante la puerta del despacho privado de Michael Horace Delaney, en su amplia, elegante y confortable casa en las afueras de Washington, y Brenda llamó quedamente con los nudillos.

—¿Michael?

—Sí, querida, pasa —llegó la voz de su marido, a través de la puerta.

Brenda abrió y se apartó para ceder el paso a Brigitte, que entró sonriendo.

—Tienes una visita, que estoy segura te gustará, querido.

Michael Horace Delaney se puso en pie tras la mesa mostrando un gesto de sincero agrado.

—Señorita Montfort… Es un gran placer recibirla. Brenda tiene razón, en efecto. Por favor —salió a su encuentro, y estrechó la mano de la espía—, siéntese, siéntese.

—Me temo que está usted ocupado, señor Delaney.

—Pues sí… Pero a usted puedo dedicarle siempre unos minutos —sonrió ampliamente—. ¿Ha venido para obtener una versión digna de crédito del asunto de Beirut?

—No. Ya conozco todo lo relacionado con ese asunto.

Delaney parpadeó, desconcertado.

—¿De veras? —murmuró—. Bueno, se refiere usted, sin duda, a todo, lo que hasta la fecha ha sido publicado por diversos periódicos que…

—No, no, no, señor Delaney. Cuando yo digo que conozco todo sobre un asunto, es que lo conozco todo.

—Pero eso es imposible —sonrió cortésmente Brenda.

Brigitte la miró; Luego, volvió a mirar a Delaney, que de nuevo se había sentado tras su mesa y clavaba su mirada en Brigitte, como si quisiera llegar hasta sus pensamientos. De pronto, sonrió tan agradable y cortés como su esposa.

—Creo que debo interpretar que su nivel de información es muy alto —dijo—. Pero, francamente, por buenos que sean sus resortes, señorita Montfort, no serán tan fidedignos como la información que yo pueda facilitarle.

—Respecto a lo que se habló entré el diplomático francés Raymond Delacroix y usted, no, desde luego. Pero, en realidad, eso no me interesa, pues puedo hacerme una idea clara sobre la conversación de ambos.

—Lo dudo —sonrió amablemente Delaney.

—No lo dude —sonrió Baby, no menos amablemente—. ¿Le dice a usted algo el nombre de Akim?

Michael Horace Delaney palideció intensamente.

—¿Akim? No… No, no…

—Es un… arreglo caprichoso del verdadero nombre de un sujeto que se llamó Arthur Kimberley. ¿De verdad que no le suena el nombre?

—No… Claro que no.

—Entonces, señor Delaney, no le importará a usted lo que le ha sucedido a dicho señor.

—No… No, no…

—De todas formas, se lo explicaré: está muerto. Lo maté yo, de un golpe así —la manita «delicadísima» de la divina espía trazó un hábil golpe en el aire, con la punta de los dedos—. Es un golpe de judo; un *atemi*, exactamente. Que no es lo mismo que el karate, aunque haya personas que lo crean así. El karate es más fatigoso, requiere más potencia. Lo sé bien, porque, a veces, por mi postura, he tenido que golpear con más dureza. El *atemi*, en cambio, puede ser un golpe de apariencia suave… y matar con la misma eficacia, pues siempre va dirigido al punto anatómico preciso. Sí, maté a Akim, es decir, a Arthur Kimberley, uno de los jefes de la World Power… ¿Ha oído hablar de esa organización?

—No —jadeó Delaney.

—¿No? Entonces, no le importará que haya sido desarticulada,

¿verdad? Cuando me marché de Portofino, unos simpáticos muchachos quedaron encargados de… interrogar a seis hombres que no fueron todo lo listos que requería una organización de la importancia de la WP. Usted se imagina, quizá, la persuasión que un hombre puede poner en sus interrogatorios… Yo he visto hombres fortísimos, resistentes a todo, y por supuesto muy valientes, caer derrotados como muñecos, después de una sesión adecuada de interrogatorio. Sí… Mientras dejábamos que usted obtuviese un éxito más, en Beirut esta vez, nosotros trabajábamos en otro sentido. Conseguimos…, es decir, mis muchachos consiguieron, no sólo un pequeño archivo, muy bien escondido en cierta pequeña villa de Portofino, sino un número telefónico de Viena, a partir del cual, la World Power comenzó a caer… En estos momentos, mientras mis muchachos aún están haciendo una… sorprendente limpieza en todo el mundo, a mí me ha cabido el honor de ocuparme personalmente de…, del hombre de mañana. ¿Tampoco le dice nada, señor presidente de Estados Unidos de América?

Mientras terminaba de hablar, Brigitte se iba sintiendo más y más sorprendida, viendo la expresión primero de grandioso asombro y finalmente de alegría en el demudado rostro de Michael Delaney, que, por fin, sin contestar a la pregunta final de Brigitte, exclamó:

—¿Baby? ¿Usted es Baby, señorita Montfort? ¡Por Dios, esto es increíble! Pero no… No, no, no, no… ¿Por qué ha de ser increíble? ¡Usted tiene todas las cualidades que se le deben suponer a una espía como Baby…!

—¿De qué está hablando? —Pudo reaccionar, por fin, la sorprendida Brigitte.

—Santo cielo, ¿aún no lo ha comprendido? ¿Quién cree usted que le envió una nota a la agente Baby, con la pregunta respecto a qué se dedicaba Robert Sparrow?

—¿Usted? —susurró Brigitte.

—¡Claro que fui yo! Me preguntaba…

—Traidor… —Se oyó el jadeo de Brenda Delaney—. ¡Traidor, cobarde! ¡Lo has estropeado todo, me has privado de pertenecer a la gran élite del mundo, me has robado todo, no ha servido de nada casarme contigo…!

Delaney estaba mirando con ojos desorbitados a su esposa, que se hallaba de pie junto a un pequeño cajón de la librería, abierto, y del cual, evidentemente, había sacado la pistola que temblaba en su mano. Estaba lívida, descompuesto el rostro por una furia como Brigitte había visto muy pocas veces en ser humano alguno. La espía, vuelta solamente la cabeza hacia Brenda Delaney, la miró fríamente después de ver la pistola en su mano.

—¿Usted también es de la World Power, Brenda?

—Malditos sean los dos —jadeó ella, como alucinada—. Lo han estropeado todo, todo, todo…

—Brenda —jadeó Delaney—. Brenda, ¿qué…, qué estás diciendo…? Esa pistola…

—¡Te elegí a ti! —gritó Brenda—. ¡Te elegí a ti para presidente, y tú nos has traicionado a todos! ¡Cobarde! ¡Traidor!

—Brenda… Brenda, yo no sabía que tú…, que tú…

—¡No tenías que saberlo, yo debía estar cerca de ti, vigilarte, estudiarte, pasar la información de tus posibilidades a la World Power, pues yo misma te elegí…! ¡Yo dirijo toda América y te elegí a ti, y tú…, tú…, tú…!

Estaba ahogándose por el terrible arrebato de cólera, temblaba violentamente, se le salían los ojos de las órbitas… Se le salían tanto, que producían la impresión de que se acercasen a Brigitte y al aterrado Delaney. Y fue Brigitte quien pudo ver claramente en aquellos ojos enloquecidos el destello de la muerte, un instante antes de que Brenda apretase el gatillo.

—¡Delaney, tírese…!

¡Pack!, restalló con fuerza el disparo en el despacho.

Fue un estampido tremendo, que hizo vibrar los cristales. La bala alcanzó a Delaney en el centro del pecho, empujándolo como si fuese un simple muñeco de papel contra la pared que tenía a su espalda, derribándolo con el confortable sillón giratorio… Y mientras tanto, Brigitte había saltado por encima de la mesa, cayendo al otro lado, junto a Delaney, que tenía los ojos muy abiertos, expresando incredulidad y angustia. ¡Pack!, restalló el siguiente disparo, y la bala pasó por encima de la mesa… y de la cabeza de Brigitte, que se encogió y gritó:

—¡Señora Delaney, deje esa pistola! ¡Afuera hay…!

¡Pack!

La bala dio esta vez en la pulida, rutilante superficie de la mesa de caoba, en un ángulo tal qué rebotó casi paralela a ésta, dio en la pared y rebotó hacia abajo, pasando con agudo tañido metálico junto a una mejilla de Brigitte Montfort, que seguía advirtiendo:

—… ¡Varios hombres que han…!

¡Pack!

Otro rebote en la pared, y otra bala que pasó rozando ahora un muslo de Brigitte. La cual comprendió que aquella mujer no iba a dejar de disparar por propia voluntad, por mucho que se le advirtiera que algunos hombres habían llegado con la agente Baby. La cual, muy sensatamente, decidió no seguir expuesta a que una bala rebotada le perforase la cabeza…

¡Pack!, rebotó otra bala.

Baby alzó una mano hacia la mesa, allá donde, a la derecha de Delaney, cuando éste había estado sentado, había visto el abrecartas de plata… Sus dedos tocaron el abrecartas cuando Brenda disparaba una vez más. Imposible. Imposible detenerla con palabras…

Brigitte Montfort, convertida en la agente Baby, se irguió de pronto, tras un salto que la llevó dos metros más allá de la mesa. Brenda lanzó un chillido al verla aparecer tan súbitamente, desvió la pistola hacia allí…

Se oyó nítidamente el silbido del abrecartas cruzando el aire, lanzado fuertemente por la espía más peligrosa del mundo.

Y ya no volvió a sonar ningún disparo.

Inmediatamente, desentendiéndose de Brenda, Brigitte corrió hacia Delaney, y se arrodilló a su lado.

—Michael —jadeó— Michael…

Michael Horace Delaney desvió hacia ella los ojos, que ya se vidriaban, pero Brigitte se preguntó si realmente veía.

—Yo no… sirvo para… presidente de… de…

—No hable. Una ambulancia vendrá en seguida para…

—… Estados… Estados Unidos de… de América… Era demasiado… demasiado para mí… Y luego… luego, además, todo era… era, mentira, sólo hubiese sido… un muñeco…

—Es mejor que no hable, Michael.

—… Un muñeco… que habría perjudicado… a otros pobres muñecos… de todo el mundo al obedecer… a la WP… No sabía… no sabía que Brenda…

Brigitte volvió un instante la cabeza al oír abrirse violentamente la puerta del despacho, y vio aparecer a *mister* Cavanagh y a tres agentes de la CIA, pistola en mano, y a cuál más demudado, más pálido.

—Estoy bien —dijo.

Delaney seguía hablando, pero cada vez se entendían menos sus palabras:

—… Asustado ante mi cargo… Y esa pobre gente de todo… de todo el mundo… Baby… pensé… ella podía… Yo tenía miedo de informar directamente… Tenía miedo porque podían… hacer daño a Brenda, no por mí… Por eso… nota… Baby… sabía que ella… lo podría… descubrir todo pre… preguntándole: ¿a qué se… se dedica… Robert… Spa…?

Este es el final

—Pues para mí —dijo Frank Minello—, esa gente no era más que un grupo de chiflados.

Brigitte Montfort, bellísima como siempre, había recibido a sus amigos en el salón de su apartamento en el piso veintisiete del Chrystal Building, en la Quinta Avenida neoyorquina. Pero parecía un poco distraída…

—¿Qué dices, Frankie?

—Digo que… Bueno, ¿por qué no me escuchas?

—Perdona —sonrió la divina espía—. Tienes razón: estaba pensando en otra cosa.

—¿En otra cosa… o en otra persona? —masculló Frankie.

—Esto está muy bien —alzó la cabeza Miky Grogan, tras terminar la lectura de la serie de artículos que le había entregado Brigitte—. Pero, por supuesto, habrá que publicarlos con su seudónimo, Brigitte.

—De acuerdo. Sí, sí; de acuerdo. Está muy bien, Miky.

Grogan, director del Morning News y por tanto jefe periodístico de la señorita Montfort, miró a Minello, alzando las cejas.

—¿Qué le ocurre a Brigitte?

—Está pensando en ese tipo de la cara de piedra —gruñó el simpático y fiel Minello.

—¿En Número Uno? Pero… si lo vio hace poco más de una semana… Demonios, desde luego, ocurren cosas bien extrañas en este cochino mundo, ¿verdad? Y hay que admitir que la maquinación de esta gente de la World Power era audaz y astuta: encumbran ellos mismos a sujetos que más adelante…

—No se moleste, no le está escuchando. ¿Verdad, Brigitte?

—¿En…? ¿Qué…?

—¿Lo ve? ¡Está como en las nubes! Pero, bueno, ¿se puede saber en qué estás pensando?

—Pues pensaba —Brigitte quedó con la mirada perdida—. Pensaba en que estoy necesitando una temporada de descanso un poco largo. Mi maestro de judo, *sensei* Kurita, me habló hace unas semanas de un querido amigo suyo que vive en Japón… Más que su amigo, pues fue su maestro. Dice que vive apaciblemente, dulcemente, lentamente… en un lugar encantador y tranquilo. *Sensei* Kurita le habló de mí, y su maestro le dijo que le gustaría conocerme, hablar conmigo…

—¡No me digas que estás pensando en viajar a Japón! —Se pasmó Frankie.

—¿Por qué no?

—Pues porque…, porque…, porque… Bueno, ¿qué demonios harás allí que no puedas hacer aquí?

—No lo sé, Frankie. Pero, por ejemplo, meditar. El maestro de mi maestro practica el zen, y quizá, con unos días a su lado, yo consiga comprender un poco esa… doctrina y filosofía oriental. Sería muy conveniente para mí. Podría… relajarme por completo, descansar un par de semanas… Descansar de todo, reflexionar, aprender de un viejo japonés que parece que ha llegado a grandes perfeccionamientos mentales…

—Tonterías —hizo un gesto Minello—. ¡No creo que así, por las buenas, te vayas a Japón!

Brigitte Montfort, alias Baby, miró a su querido amigo Frankie…, y por toda respuesta sonrió amablemente.

FIN